

La imagen
Jean de Berg
Prólogo de Pauline Riage



Tras el seudónimo de Jean de Berg se oculta una de las grandes figuras de la literatura francesa moderna. Dedicado a Pauline Réage, autora de

L'histoire

d'O

, este libro, en su edición francesa de 1956, lleva el prólogo de la destinataria que reproducimos en esta versión española. Tras poner en duda el que el autor del libro sea un hombre por mostrarse «demasiado partidario de las mujeres», escribe: «Como toda historia de amor, esta ocurre entre dos personas [dos mujeres]. Pero una de las dos comienza a desdoblarse: la que ofrece y la que impone. ¿No estamos en presencia de las dos caras de nuestro extraño sexo, que se brinda al prójimo, pero sólo tiene conciencia de su propia realidad?». El tercer personaje, un hombre, no es más que un sacerdote en el ritual en torno al objeto sagrado. De ahí que el narrador describa los ritos, los decorados y los objetos fetichistas como una sucesión de imágenes casi hieráticas, de cierto modo ajenas a él, si bien él mismo, al final, pase a ser, casi a pesar suyo, protagonista de la última ceremonia.



Jean de Berg

La imagen

La sonrisa vertical - 3

ePub r1.2

Titivillus 13.07.16

Título original:

L'image

Jean de Berg, 1956

Traducción: F. Gorbea

Ilustraciones: Hans Bellmer

Prólogo: Pauline Réage

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Prólogo

¿Quién es Jean de Berg? Ahora me toca a mi jugar a las adivinanzas. Eso sí, no creo que el autor de este breve libro sea un hombre. Se muestra demasiado partidario de las mujeres.

Y, sin embargo, por lo general son los hombres los que inician a sus amiguitas en los placeres de las cadenas y el látigo, en la humillación y las torturas... Pero no saben lo que hacen.

Ellos, los muy ingenuos, piensan que así satisfacen su orgullo, su sed de poder, o bien que ejercen una presunta superioridad ancestral. Para colmo, nuestros intelectuales les contestan fieramente que la mujer es libre, que es igual al hombre, que ya no está dispuesta a dejarse sojuzgar...

¡Y justamente de esto se trata!

Un amante medianamente sutil, percibe al instante su desprecio: él es el amo, sí, pero sólo en la medida que su compañera lo quiera. Nunca como en este caso las relaciones entre amo y esclavo ilustraron tan bien las reciprocidades de la dialéctica. Nunca fue tan necesaria la complicidad entre víctima y verdugo. Aunque esté encadenada, de rodillas y suplicando, ella es la que manda.

¡Y bien que lo sabe! Su poder aumenta conforme a su aparente caída. Una sola mirada le basta para interrumpirlo todo; un solo movimiento, y todo se desmorona como si fuese polvo.

Una vez establecido el acuerdo, al precio de esta doble lucidez, el juego sigue su marcha. Pero ha cambiado de significación: el omnipotente esclavo que se arrastra a los pies del sacrificador, ha pasado a ser el dios. El hombre ya no es sino el frágil sacerdote que teme cometer una imprudencia. Su mano sirve tan sólo para ejecutar el ceremonial en torno al objeto sagrado. ¡Si pierde su gracia, todo se viene abajo!

Esto explica las posturas hieráticas y faltas de movimiento que pueblan este relato, así como sus ritos, sus decorados de capilla y el fetichismo de sus objetos. Las fotografías, morosamente descritas, no son otra cosa que imágenes pías, las etapas de un nuevo vía crucis.

Como toda historia de amor, esta ocurre entre dos personas. Pero una de las dos comienza por desdoblarse: la que ofrece y la que impone. ¿No estamos en presencia de las dos caras de nuestro extraño sexo que se brinda al prójimo, pero sólo tiene conciencia de su propia realidad?

Sí, es una ingenuidad de los hombres pretender que se los adore cuando al fin de cuentas no son casi nada. Con ellos, la mujer no adora sino ese cuerpo dislocado, alternativamente acariciado y mortificado, abierto a todas las vergüenzas, pero suyo sin discusión. En este asunto, el hombre queda aparte: es el fiel que aspira en vano a fundirse con su dios.

La mujer, en cambio, aunque desempeña también su papel de fiel y tiene asimismo esa mirada ansiosa (sobre sí), conserva su carácter de objeto mirado, violado, inmolado sin pausa y siempre renaciente, cuyo goce consiste, por un sutil juego de espejos, en contemplar su propia imagen.

Pauline Réage



Frontispicio de Hans Bellmer para La imagen de Jean de Berg.
Grabado original
12,2 x 8 cm.

A Pauline Réage

Una reunión en casa de los X...

La primera vez que volví a ver a Clara fue durante el verano, en una reunión en casa de los X..., en el bulevar Montparnasse. Al reparar en ella, lo que más me sorprendió fue no hallarla en absoluto cambiada, como si nos hubiéramos despedido la víspera, cuando en realidad estaba seguro de no haberla visto desde hacía dos o tres años, tal vez más.

Me tendió la mano sin demostrar la menor sorpresa y dijo simplemente: «Hola», con el mismo tono que si nos hubiésemos despedido ayer. Yo le dije: «Hola, Clara», con una inflexión de voz semejante.

Luego vi otra gente, estreché otras manos, en su mayor parte de personas que solía encontrar cada semana, allí o en otros sitios, todos vagamente escritores o aficionados al arte. Con algunos tenía intereses comunes, trabajos pendientes, cosa de la que hablamos largamente, reuniéndonos en pequeños grupos, entre idas y venidas por la casa.

Habría una treintena de personas, distribuidas en tres habitaciones comunicadas entre sí, todas sobre el bulevar. Creo que estábamos en junio, o a fines de mayo. Una de las ventanas había quedado abierta de par en par.

Al cabo de un rato, vi de nuevo a Clara; estaba sola, de pie en el balcón, justamente ante esa ventana, apoyada de espaldas contra el pretil. Miraba hacia el interior del salón, pero no de mi lado. Seguí su mirada para ver lo que atraía tanto su atención: era un grupo de tres personas, también de pie, que conversaban no lejos del vano, dos hombres de menos de treinta años, que no conocía, y una mujer muy joven, más bien una muchacha, de vestido blanco, que tampoco conocía.

Miré nuevamente hacia el balcón y, esta vez me crucé con la mirada de Clara, tranquilamente posada en mí. Me sonrió con una sonrisa que podría calificarse de rara; o bien fue la penumbra en la que se hallaba su rostro la que me dio esa impresión.

Tenía los dos brazos bien separados a cada lado del cuerpo y sus manos asían la baranda del pretil, contra la que apoyaba su cintura.

Clara era muy hermosa. Todo el mundo lo decía. Y aquella noche, pensé una vez más que era cierto.

Me acerqué al vano de la puerta, pero sin llegarme al balcón. Clara no se movió. Contemplé, más allá de su silueta, la gente que pasaba por el bulevar, ociosa en la tibia noche, delante de algunos escaparates intensamente iluminados. Dije algunas palabras insignificantes al respecto. Clara hizo un gesto de asentimiento.

Miré su cara y vi que sus ojos estaban de nuevo fijos en algo, en la misma dirección que hacía un momento, ahora detrás de mí. No me atreví a girar la cabeza para ver si estaba mirando al mismo grupo que antes, pero pensé que así era, ya que su mirada tenía la misma expresión que cuando la descubrí; mejor dicho, una falta total de expresión.

Di algunos pasos por el largo balcón, que se extiende a todo lo ancho del edificio. Llegué a la ventana siguiente, que permanecía cerrada. Automáticamente eché un vistazo al interior, a través de uno de los vidrios, por el espacio que se formaba entre las cortinas de tul.

La dueña de casa estaba justo ahí. Me dijo algo que no entendí, ya que no era posible oír ningún sonido proveniente del interior, ni tampoco lo adiviné por el movimiento de sus labios. La señora X... maniobró la falleba y abrió a medias una de las hojas, para repetir su frase. Aunque incomodado por la cortina de tul que impedía que se abriera por completo, pude asomarme al interior para responderle. Sólo me había preguntado, en tono de broma, si me estaba escondiendo.

No sabiendo qué otra cosa decir, le pregunté por la muchacha vestida de blanco, indicándosela con los ojos. Pero ella no sabía nada en concreto, o no quería decirlo. Sólo me dijo que era una amiga de Clara y que había venido con ella; por lo demás, no había logrado sacarle más de dos o tres palabras.

En efecto, la joven daba la impresión de que apenas respondía a

los dos hombres que le hablaban. Además evitaba mirarlos de frente y a menudo bajaba la cabeza.

Era agradable de ver, parecía bien formada y tenía una linda cara. Hasta podía decirse que era realmente seductora. A pesar de su evidente y extrema juventud, emanaba de toda su persona un encanto «carnal», que inclinaba más a calificarla de mujer joven que bajo la denominación ambigua de «jovencita». Y, sin embargo, en su vestido blanco, ligero y simple, también tenía el aire de una niña.

La señora X... me había dejado solo, atareada como lo estaba atendiendo a sus invitados. Mientras observaba de lejos a la muchacha, que mantenía bajos los párpados, recordé con nitidez la mirada de Clara clavada en ella. Desde el sitio en que ahora me hallaba, no podía ver a Clara; pero no dudé que seguía en el balcón, apoyada, recostada contra el pretil, con los brazos separados a cada lado del cuerpo y agarrando con ambas manos la baranda de metal. Volví a ver su expresión a la vez insistente y vacía, como si estuviera vigilando el desarrollo de un guión preparado por ella, pero que no le depararía sorpresa alguna.

Ya dije que Clara era muy hermosa, sin duda mucho más que su joven amiga de vestido blanco. Pero, a diferencia de esta, nunca me había producido una emoción sensual. Al principio, me sorprendió tal cosa, pero terminé por decirme que precisamente su belleza demasiado acentuada y su exceso de perfección me impedían considerarla como una presa posible. Un solo detalle que la volviese vulnerable bastaría para que yo sintiese el ardor del eventual vencedor.

Me acerque a la ventana abierta, repitiendo, con toda premeditación, el movimiento anterior. Giré la cabeza hacia el balcón. Clara ya no estaba allí.

Di algunos pasos en esa misma dirección, para mirar a derecha e izquierda: no había nadie a todo lo largo del balcón. Temiendo que alguien hubiese advertido mi maniobra, hice como que estaba allí para tomar un poco de fresco y me apoyé de codos en el pretil, siguiendo vagamente con la mirada a los desocupados que pasaban por el bulevar, delante de algunos escaparates intensamente iluminados, en la tibia noche.

Un poco más tarde, hallándome sentado en un gran sofá, en medio de un grupo que comentaba apasionadamente el último engendro literario, tuve la ocasión de observar más atentamente a la muchacha vestida de blanco.

Cuanto más mis ojos se detenían en ella, en sus rasgos, en las líneas de su cuerpo, más graciosa, dulce y plena de reserva la encontraba, pero con movimientos de tímida bailarina, en la que una pizca de torpeza ponía aún más en evidencia su encanto. Estaba presentando una bandeja cargada de refrescos a un grupo de hombres que se mostraban más interesados en contemplarla detalladamente que en servirse. Su vestido tenía una falda muy amplia y el talle ajustado. Un escote con fruces descubre generosamente sus hombros redondos, brillantes, algo dorados.

—¿Y usted, Jean de Berg, prefiere no tomar partido?

Era X..., que con su pregunta me incitaba de nuevo a la conversación. Al darme vuelta para responderle, vi que Clara me estaba observando, con su mirada tranquilamente posada en mi persona. Fumaba apoyada contra la pared del fondo, sola, apartada, de pie junto a un sillón vacío. Al cruzarse nuestras miradas, me dedicó la misma sonrisa que la primera vez.

Y esa noche, cuando me disponía a dejar la reunión, advertí que Clara se me acercaba con una intención deliberada.

—También yo me voy —dijo—. Si quiere, podemos ir a tomar algo a algún café... para desquitarnos de esta reunión.

En ese momento parecía estar haciéndome un favor que yo hubiese solicitado muchas veces antes. No le contesté en seguida, porque no sabía cómo preguntarle si su amiguita nos acompañaría. Pero casi al instante, la propia Clara añadió:

—Le presentaré a Ana. Ya verá, es muy amable.

Había subrayado la palabra «amable» de un modo que me pareció anormal. La miré a los ojos, arqueando interrogadoramente las cejas:

—¿Ana?

—Sí, esa chiquilla. Y con un dedo indiscreto me señaló a la muchacha que, no lejos de nosotros, estaba en una silla aislada y se miraba las manos, que tenía cruzada sobre los muslos.

Con el tono más indiferente posible, pregunté:

—¿Quién es?

—Una modelo —contestó Clara, como si la compadeciera. (¿He dicho ya que Clara era algo así como una fotografía artística?).

—¿Y qué más?

—Bueno, es mía —dijo simplemente.

En el rincón del bar donde nos instalamos, no había nadie más que nosotros tres. Después de haberme apenas consultado y sin pedir la opinión de Ana, mi amiga pidió agua mineral para todos. El camarero se dio prisa en servirnos. Clara tomó un cigarrillo norteamericano del paquete que yo había puesto sobre la mesa, y lo encendió en seguida. Luego miró a su amiga y se inclinó hacia ella para arreglarle un mechón de pelo, de pelo rubio y fino con reflejos dorados.

—¿No es cierto que es bonita?

Clara dijo esto con una voz provocante. Le respondí: «Sí, mucho», pero en tono cortés.

—Sí, es muy bonita —repitió Clara—, más que eso, ya verá.

Miré a la muchacha: inmóvil, mantenía los ojos bajos como si contemplara su vaso de agua mineral, donde diminutas burbujas seguían subiendo a la superficie.

—Si quiere, puede tocarla —dijo Clara.

Eché una mirada en su dirección. Me preguntaba si no estaría un poco ebria. Pero parecía en su estado normal; solamente cínica, como siempre la había conocido.

—Verá: es muy agradable.

Me pregunté de nuevo qué significaba ese futuro: «Verá». Y miré una vez más el hombro torneado y liso, moreno junto a la tela blanca. Mi mano derecha estaba posada en el respaldo de la banqueta; sólo tuve que desplazarla un poco adelante para rozar con la punta de los dedos la dorada piel.

La muchacha tuvo como un ligero estremecimiento y alzó un segundo sus párpados hacia mí.

—Muy agradable —asentí dirigiéndome a Ana.

Clara agregó en seguida:

—También tiene lindos ojos, sabe usted. Vamos, mira al señor para que pueda ver tus ojos —le dijo, mientras le levantaba dulcemente el mentón con el puño cerrado.

Ana me miró durante unos instantes, luego bajó de nuevo los párpados, sonrojándose. Era cierto, tenía unos hermosos ojos verdes, grandes y con pestañas curvadas.

Ahora Clara le acariciaba la cara con la mano, hablándole a media voz, como si se dirigiera a sí misma:

—También una bella boca... bonitos labios dulces... y sabios... y lindos dientes... lindos y pequeños dientes blancos... Muéstraselos un poco.

Le había abierto la boca con los dedos.

—Quédate así —dijo.

Repentinamente, su tono se había vuelto más seco.

Ana se mantuvo juiciosamente como se le ordenara; la boca entreabierta permitía distinguir el borde de los dientes, brillantes y bien alineados. Pero ella miraba del lado de Clara.

Sus labios separados temblaban ligeramente. Pensé que iba a ponerse a llorar. Cambie de posición y bebí unos tragos de agua mineral.

—Algún día —dijo Clara—, le mostraré las fotos que le saqué.

En ese momento, creí oír que la muchacha protestaba, o al menos gemía débilmente. Después del «Mucho gusto» indistinto de la presentación, que acompaña con una graciosa semireverencia, no había pronunciado palabra. Pero esta vez, me dio la impresión que decía: «¡Oh!, no», o algo semejante, lo cual me hizo dudar de la decencia de las fotografías aludidas.

Pero, de pronto, Clara manifestó su deseo de marcharse inmediatamente.

Mientras nos levantábamos, agregó: «Entonces, ¿le gusta?» como si yo hubiera sido un eventual comprador. Al mismo tiempo me acercaba la muchacha, teniéndola por la nuca. Luego, a quemarropa:

—No lleva sostén, sabe. Me parece más divertido obligarla a salir así.

Esta vez, la muchacha enrojeció violentamente. Yo estaba seguro de que Clara iba a seguir diciendo alguna imprudencia, por ejemplo, que su amiga no llevaba ninguna de las prendas interiores habituales.

Contrariamente a lo esperado, no agregó nada más y se limitó a hablar de cosas insignificantes, al menos aquella noche.

Las rosas de Bagatelle

Clara me había citado para el día siguiente: pasaríamos juntos la tarde, en los jardines de Bagatelle. Había insistido mucho en mostrarme personalmente la rosaleda, que yo aún no conocía.

Por mi parte, ya tenía más que una vaga sospecha de sus intenciones, de modo que no necesité preguntarle si estaríamos solos o con su amiga.

Además, durante nuestros encuentros de otra época, Clara nunca se había mostrado deseosa de hacerme admirar un jardín, así como tampoco una fotografía artística. Hasta ese momento, jamás había intentado encontrarse conmigo fuera de reuniones como la de la otra noche, adonde, de tanto en tanto, el azar nos llevaba a pasar algunas horas en la misma compañía. Por mi parte, nunca insistí en volver más cálidas nuestras relaciones. Ya he dicho que me sentía muy poco atraído por esta belleza demasiado perfecta, demasiado regular, demasiado inalterable. Además, no recordaba haber sido alentado en mis tímidos avances del comienzo, todo lo contrario.

Mientras la esperaba en la terraza del Royal, trataba de recordar si en alguna ocasión la había visto obrar de modo diferente con otra persona. Era una mujer nada convencional, segura de sí, temeraria y hasta deliberadamente escandalosa. Pero en seguida descorazonaba las proposiciones demasiado amorosas y directas.

Una vez por lo menos presencié cómo liquidó a un pretendiente suyo. En aquella oportunidad, tuve la impresión de que había una especie de odio en el glacial encarnizamiento que ponía en destruirlo. La escena había conmovido mucho a todos los que la presenciaron, pues la víctima era un buen mozo no desprovisto de sensibilidad ni de inteligencia, del que se rumoreaba que era su amante.

La primera en llegar fue Ana. Tenía el mismo vestido blanco de la víspera. Para no molestar a los otros parroquianos, se deslizaba entre las mesas con graciosas ondulaciones de danzarina, alzando los brazos, contoneándose y girando a medias sobre sí misma. Cuando estuvo frente a mí, hizo su discreta reverencia cortesana, un poco ceremoniosa, como las que se enseña a las pequeñas internas en los colegios religiosos. Y su voz era la de una buena alumna:

—Ella está allá, señor. Lo espera en el coche.

Esta fórmula me sorprendió bastante, no sólo porque no figuraba el nombre de Clara, sino también debido al exagerado respeto que había puesto en la palabra «señor».

Me levanté para seguirla. El coche de Clara estaba un poco más lejos, en la calle de Rennes. Antes de llegar, tuve tiempo de hacer dos o tres preguntas insignificantes a la muchacha; pero ella se limitaba a responder «Sí, señor», «No, señor» y «No sé, señor», como una criatura.

El automóvil era un quince caballos negro, flamante. Ana me abrió la puerta y saludé a Clara, que estaba sentada al volante. Me respondió con un breve movimiento de cabeza. Hice subir a la muchacha y luego me senté a su lado, en el asiento delantero, donde cabían justo tres personas.

Clara arrancó de inmediato. Conducía con calma y precisión. Como íbamos bastante rápido, a pesar del denso tráfico, pronto salimos a calles menos congestionadas.

Era un hermoso día. Las dos mujeres callaban, mirando adelante. Ana mantenía el busto rígido, las piernas cerradas, las manos juntas y posadas sobre las rodillas.

Yo me había puesto un poco de costado, para no ocupar demasiado lugar. Pasé el brazo izquierdo por detrás de la muchacha y lo posé en lo alto del respaldo. Al hacerlo, rocé la espalda de Clara, que se contrajo instintivamente. De inmediato llevé la mano atrás.

Como estaba vuelto hacia mi vecina, aspiré su perfume. Era lo bastante discreto como para no llamar la atención, a menos de estar muy cerca de ella. Sin embargo, me pareció fuerte, atrayente, muy almizclado, lo que se llama un perfume sensual. No era precisamente adecuado para una muchacha.

Dije qué lindo día, sin dirigirme a nadie en particular. Nadie me

respondió. Seguimos viaje en silencio.

Además, tampoco yo tenía ganas de hablar.

Dejamos el coche a la entrada del parque y Clara nos llevó a la rosaleda.

Una vez allí, en lugar de dejarnos vagabundear de flor en flor, Clara nos hizo admirar tres o cuatro variedades que le parecían más logradas. Todas eran flores del mismo tipo: grandes, aunque no muy llenas, con pétalos recortados, bien separados unos de otros, y un corazón semicerrado.

La más bella de todas —siempre según la opinión de nuestra guía— tenía un delicado color carne que se oscurecía hacia el centro, donde los pétalos entreabiertos formaban un hondo pozo de sombra. El interior parecía ser de un rosa más vivo.

Al cabo de unos instantes de contemplación, Clara echó una rápida ojeada a los alrededores. Estábamos solos en ese apartado rincón del jardín. Los paseantes más próximos, a una veintena de metros, no miraban hacia nosotros, atraídos por un cantero de rosas más llamativas.

Cuando volví la cabeza en dirección de mis dos compañeras, vi que Clara ya no contemplaba la rosa carne, sino a su amiga. Ésta se hallaba inmovilizada, con los ojos bajos según su costumbre, a menos de un metro de la flor y junto al borde del paseo. También yo estaba un poco abstraído, cerca de Clara. Mis ojos pasaron de la muchacha de vestido blanco a la flor y luego retornaron a la muchacha.

A mi lado, se oyó la voz de Clara:

—Acércate más.

El tono era el de una orden, calma, pero sin réplica, acostumbrada a la obediencia. No obstante, la voz me pareció cambiada; más baja y más vehemente que cuando se trataba simplemente de dirigir nuestra visita a través del parque o de comparar las excelencias de las rosas.

Ana no pidió explicaciones sobre lo que se le iba a exigir. Luego de una imperceptible vacilación, deslizó una mirada hacia nosotros, que le ocultábamos en parte los lugares más transitados del jardín.

Clara repitió: «¡Vamos! ¡Rápido!».

Y los piececitos dieron un paso sobre la tierra blanda del arriate, donde se hundían las suelas estrechas y los altos tacones. Hasta ese momento, yo no había reparado en la fineza de sus tobillos. Por lo demás, lo que se veía de la pierna era igualmente de calidad.

—Acaríciala —dijo Clara.

Ana tendió la mano derecha hacia el corazón entreabierto de la flor. Con mucha suavidad, pasó la punta de los dedos sobre el borde de los pétalos semicerrados, rozando apenas la carne rosa y tierna. Despaciosamente los pasó varias veces alrededor de la cavidad central. Luego separó con delicadeza lo alto de los pétalos y, con la extremidad de sus cinco dedos unidos, volvió a cerrarlos.

De tal modo, tras ensanchar y cerrar de nuevo dos o tres veces más la abertura, introdujo repentinamente el dedo del medio, que desapareció casi por entero en el hueco. Acto seguido retiró el dedo, muy lentamente... para volverlo a hundir a fondo.

—¿No le parece que tiene lindas manos? —preguntó Clara.

Convine con ello. En verdad, tenía una lindísima mano, blanca, pequeña, leve, de movimientos graciosos y precisos.

Ahora Clara empleaba el mismo tono, provocante y cruel, que la noche anterior en el café. Con un encogimiento de labios algo despectivos, me indicó a la muchacha, que seguía acariciando esmeradamente el interior de la rosa:

—Eso le gusta, sabe. La excita. Si le divierte, podremos comprobarlo. Se moja por nada. ¿No es cierto, pequeña?

No hubo respuesta.

—Basta ya —dijo Clara—. Córtala y tráemela.

Ana retiró la mano. Y de inmediato se quedó sin hacer un solo gesto, con los brazos inmóviles a lo largo del cuerpo.

Me di vuelta hacia la entrada del sendero por donde habíamos llegado, desde la alameda central; nadie venía de ese lado, ni nadie se ocupaba de nosotros. Clara dijo con una voz más dura:

—Bueno, ¿qué esperas ahora?

—No me atrevo —dijo la muchacha—. Está prohibido.

Tan cohibida parecía, que apenas se oían sus palabras. Clara me dirigió una sonrisa irónica, como poniéndome de testigo de la estupidez de su alumna:

—Por supuesto que está prohibido... Como también caminar por el cantero... y tocar las flores. ¡Estaba escrito a la entrada del

parque!

Con un tono más bajo, especie de tierna incitación, agregó:

—Tú bien sabes que todo lo que me gusta está prohibido.

Ana tendió la mano hacia el tallo, pero en seguida interrumpió su gesto.

—No sé hacerlo —dijo con un suspiro—. Y además hay espinas...

—Y bien, te pincharás —respondió Clara.

La muchacha adelantó la mano hacia el tallo rígido de la flor, lo tomó entre el pulgar y el índice y lo quebró con un movimiento seco. Luego dio un salto atrás y se precipitó hacia Clara, como hacia un refugio, con su trofeo entre los dos dedos.

Separada de la planta, la rosa lucía aún más bella. La forma, sobre todo, era perfecta; y la carne tenía una textura tan delicada que daba ganas de agarrarla o morderla. Clara se dignó hacer un signo de aprobación: Está bien. Ya ves, no era tan difícil... Entonces serás castigada, por haber vacilado demasiado tiempo.

La muchacha no protestó; sonrojándose, bajó los párpados con un encantador aire de sumisión.

Yo pregunté: «¿Qué piensa hacerle?».

—Todavía no lo sé... Pero quédese tranquilo: será castigada en su presencia.

Ana alzó el rostro, sacudiendo la cabeza, con los ojos llenos de terror, como pidiendo clemencia. Pero de repente, su expresión se modificó y murmuró:

—Hay gente.

—¡Y bien, vámonos! —dijo Clara indicando el otro extremo del sendero.

La muchacha, cuyo cuerpo había quedado oculto por los nuestros a las miradas de los que pasaban por allí, se volvió con presteza; Clara y yo nos pusimos a cada lado de ella.

Los tres proseguimos en línea nuestro paseo. Ana iba en el medio y apretaba la rosa contra su pecho. Como no había nadie delante de nosotros, nadie podía darse cuenta de su ratería.

Al pasar frente al rosal mutilado, Clara le dijo a su joven amiga:

—¿No ves la huella de tus pies?

En la tierra blanda se distinguían perfectamente las huellas de dos zapatos de tacos altos.

Seguimos andando, pero con un paso más rápido.

Pronto llegamos a una especie de soto bastante denso y completamente desierto. Como no había flores, supimos que allí estaríamos al abrigo de los papamoscas.

Apoyados contra un espeso matorral, había dos sillones de jardín; aunque de hierro, eran de un modelo confortable. Clara se instaló en uno de ellos y, señalándome el otro:

—Siéntese, Jean —me dijo.

Pero como yo vacilaba: «Ella debe quedarse de pie. Es necesario que oculte lo que robó».

Entonces me senté al lado de Clara. Ana permaneció delante de nosotros, elegante y derecha en su lindo vestido blanco manchado por el sol, con la mirada baja y las dos manos apretando contra su corazón la flor cortada.

Clara y yo la contemplamos largamente.

El corte de su falda ponía de relieve las caderas y la esbeltez del talle. Más arriba, bajo la blusa de escote ancho, se adivinaba que no llevaba sostén. ¿O era solamente mi imaginación? Clara repitió:

—Es necesario esconder esa rosa.

La rosa podría haber producido un hermoso efecto en la garganta de la muchacha. Podría prenderla a su vestido y argüir que había entrado al jardín vestida así. A menos que hubiera un cartel que lo prohibiese. Señalé un tupido matorral de tuyas, a nuestra izquierda:

—No tiene más que tirarla allí: nadie la verá.

—Sí, evidentemente —dijo Clara como si reflexionara—. Pero sería lamentable perder una flor tan hermosa. ¿No es verdad, pequeña?

—Sí... No... No sé —respondió la muchacha.

Luego de un instante de silencio, Clara, que observaba atentamente a su amiga, dijo:

—Hay una solución muy fácil: no tienes más que esconderla en ti.

Como la muchacha parecía no comprender, ya que su vestido no tenía bolsillo y no llevaba bolso, Clara explicó:

—Bajo tu falda. —Y agregó—: Ya verás, ¡acércate!

Ana se acercó.

—Levanta el vestido —ordenó Clara.

Al mismo tiempo, le sacó la rosa de las manos. Ana se inclinó para tomar el borde de la falda, levantándola por el dobladillo hasta las rodillas. Clara se puso a reír:

—Pero no, tontita, ¿se te ha pedido que la levantes del todo!

Ana enrojeció nuevamente y me miró de soslayo con sus grandes ojos verdes.

Luego volvió la cabeza a derecha e izquierda. Así debió persuadirse de la seguridad relativa de nuestra posición: aun si alguien viniese de imprevisto, no vería lo que estábamos haciendo. Entonces se irguió completamente sin soltar el borde de la falda, descubriendo sus piernas hasta más arriba de las rodillas, dos rodillas redondas y lisas, sobre las que apenas se notaban las medias.

—Apresúrate —dijo Clara.

Como aguijoneada por un latigazo, la muchacha nos expuso sus muslos. La amplísima falda se prestaba perfectamente a esa clase de operación: podría habérsela levantado hasta la cara, sin molestia alguna. Los muslos eran redondos y firmes, bien modelados, plenos de gracia. Más arriba de las medias, cuyo reverso mostraba un discreto bordado, la piel sedosa, brillante, blanca con reflejos rubios, estaba cruzada verticalmente por angostas ligas de satén negro.

—¡Más alto! —ordenó Clara, con impaciencia.

Ana me lanzó una mirada desesperada, que esta vez se demoró en mi propia mirada... Nunca había tenido tan bellos ojos, profundos y sombríos, impregnados de terror y abandono.

Su boca estaba ligeramente entreabierta. La respiración breve levantaba sus senos. Sus manos, que mantenían levantado el vestido más arriba del talle, estaban lo bastante separadas una de la otra para ofrecer a la vista un espectáculo cómodo.

Tal como lo sospechara la noche anterior, tampoco llevaba bragas ni el menor slip. No tenía más que un simple portaligas en encaje negro. El corto vellón dorado del sexo aparecía bajo una graciosa arcada, bordeada por un estrechísimo volante fruncido. También el pubis sobresalía, rollizo, mullido, pequeño, pero confortable.

Busqué otra vez los ojos de la muchacha, pero ahora los había cerrado. Semejaba una dulce víctima que aguardase dócilmente su

sacrificio.

—¿Qué le parece? —me preguntó Clara.

Le contesté que todo esto me parecía muy delicioso. El dibujo negro bordado en la parte superior de las medias, finos rameados entremezclados de rosas diminutas, era sumamente agradable.

Clara levantó su mano derecha, que aún sostenía la flor, hacia el ensortijado vellón, y lo rozó con el borde de los pétalos. Acto seguido se mostró el delgado tallo de un verde rojizo, que mediría unos diez centímetros de largo:

—Sabe, voy a ponérselo entre el portaligas y la piel, aquí, un poco de lado, cerca de la ingle. Las espinas bastarán para mantener la flor.

—No —dije—. Las espinas bastarán para lastimar la piel, pero en cuanto ella dé un paso la flor caerá.

—Ya verá —me respondió Clara.

Examinó rápidamente el corto tallo, que sólo presentaba una gruesa espina próxima a la extremidad seccionada. El resto no era más que pequeñas puntas muy finas, que Clara sacó con la uña, mientras hacía notar:

—Ves lo amable que soy: quito todas las espinas para que no te lastimes.

Luego, de pronto, añadió volviéndose hacia mí:

—Pero me olvidaba de que debía castigarla, es verdad...

Repentinamente su voz sonó más imperativa y más tierna, cuando le dijo a su amiga:

—Separa las piernas y no te muevas: voy a hacerte daño. Acércate.

Ana obedeció, aunque implorando a media voz: «No... no... No lo hagas... Te lo ruego...».

Clara tomó la rosa por la punta del tallo, cabeza abajo, para que la cruel espina quedara contra la parte más sensible de la carne, en lo alto del muslo, hacia el interior, cerca del pubis. Mientras la víctima repetía: «No... por favor... no hagas eso...», Clara hundió un poco la punta acerada. Ana lanzó un débil gemido y se mordió el labio inferior, para no gritar más fuerte.

Clara esperó en esa posición algunos segundos, mirando alternativamente el rostro y la carne destinada al suplicio, luego, de un golpe, apoyó más el tallo de la rosa y lo sacó hacia abajo. La

frágil piel se desgarró en tres milímetros. Ana dejó escapar un hondo grito de dolor, y dio un paso atrás. Pero se quedó allí, delante de nosotros, aunque temblando con todo el cuerpo, con el sexo expuesto, los ojos agrandados, la boca entreabierta. Clara, recostada en el sillón, contemplaba a su víctima con algo que me pareció ser odio, o tal vez la mayor de las pasiones.

Sin hacer un gesto, sin pronunciar una palabra, las dos jóvenes mujeres permanecieron una frente a la otra, durante un momento bastante largo. Después, Ana, que todavía mantenía su vestido levantado, dio un paso hacia su ama, para volver a ofrecerse en la misma posición que antes.

Sobre la carne desnuda, en lo alto del muslo, se había formado una pequeña perla de sangre, de un bello rojo vivo. Clara, cuyos rasgos comenzaban a sosegar, se inclinó hacia adelante sin dejar su asiento, y depositó un beso en cada una de las manos de Ana.

Acto seguido, levantó con un dedo el borde del portaligas, junto a la ingle izquierda; con la otra mano introdujo el tallo cortado bajo el género negro, y lo movió hacia la cadera, justo para que la flor sobrepasara el volante de gasa. Para sujetarla en esa posición, Clara no tuvo más que dirigir el extremo con la espina hacia adelante: su punta fina y curva se enganchó en el encaje.

Clara echó el busto atrás, para contemplar su obra desde un poco más lejos. Asentía con la cabeza, entrecerrando los ojos, con el aire del entendido que aprecia un cuadro.

—Bonito, ¿no? —me dijo frunciendo graciosamente los labios.

Por debajo de la arcada central que formaba la tela del encaje, la rosa sostenida contra la carne, del lado izquierdo, con la cabeza inclinada hacia abajo, desbordada simultáneamente sobre el género negro y sobre el triángulo rubio, uno de cuyos rincones superiores ocultaba. El reverso de un pétalo alcanzaba el nacimiento del muslo. También por debajo, y a derecha, entre la punta inferior del triángulo, donde el vellón terminaba en un plumerillo muy fino, y la cinta negra de la liga, la gota de sangre parecía que iba a deslizarse sobre la piel de nácar.

Respondí que, en efecto, había conseguido algo bien particular, aunque quizás un tanto sobrecargado de símbolos, en el mejor estilo

de la tradición surrealista y romántica.

Clara sonrió. Su rostro estaba completamente relajado. Pretextando que aún le faltaba dar el último toque, se inclinó una vez más sobre su obra. Pero lo que hizo fue acariciar la rosa, tal como lo hiciera antes la muchacha, rozando el borde de los pétalos y hundiendo luego un dedo en el corazón de la flor.

Terminó en seguida. No pareció más que un juego. También acarició un poco, con el reverso del índice, el corto vellón ensortijado.

—Es una lástima —dijo—, que no hayamos traído la máquina: había un lindo cliché en color para tomar.

Se agachó un poco más y lamió dulcemente la gota roja que amenazaba resbalar y manchar la media.

Algunas voces llegaban del camino, entre los sotos de tuya. Clara alzó la cara para mirar a su amiga, con una mirada desconocida, llena de ternura. Las dos mujeres se sonrieron largamente.

Era una tarde magnífica. Los dorados cabellos de Ana brillaban al sol. Con una voz muy calma que hasta entonces nunca le había oído, Clara dijo:

—Ya puedes bajarte la falda.

Un té y algo más

Fuimos a tomar el té al pabellón del parque. Clara estaba muy jovial, parlanchina, casi una criatura. También Ana hablaba con confianza y alegría. En esta oportunidad, pude ver que no tenía un pelo de tonta.

Sin embargo, sólo abordamos temas sin importancia: la jardinería, el arte, la literatura. Clara me pidió que le comentara con detalle ti engendro literario del día, sobre el que me había oído hablar la noche anterior, en casa de nuestros anfitriones. Las dos mujeres se divirtieron mucho con mis opiniones.

Pero, poco a poco, este clima festivo se desvaneció. Aumentaron los silencios. Clara recobró la expresión cenada que tenía al principio de nuestro paseo. Sus facciones, de una belleza regular y cristalizada, como distante, hacían pensar en una diosa en exilio. Noté que su atención estaba acaparada por su joven compañera, su alumna, su víctima, su espejo. Por su parte, Ana lucía de nuevo su aire discreto de objeto codiciado.

Habíamos terminado el té. Como Ana arreglaba los pliegues de su vestido, Clara le preguntó bruscamente:

—¿La rosa sigue allí?

La muchacha hizo un gesto con la cabeza significando que sí.

—Pero como estás sentada —dijo Clara—, los pétalos deben estar aplastándose en el hueco de los muslos...

Ana hizo un nuevo gesto de asentimiento.

—Entonces hay que abrir más las piernas, para que la flor cuelgue libremente y no se dañe... ¿Entiendes?

La muchacha, cuyo busto permanecía inmovilizado y los ojos fijos en la taza vacía, cumplió la orden sin decir nada, arreglando de nuevo los pliegues de su falda sobre el vientre y las rodillas. Clara

prosiguió:

—En este momento ¿sientes bien los pétalos entre los muslos?

Ana hizo, en silencio, un gesto de asentimiento.

—¿Es agradable? —preguntó Clara.

La muchacha se sonrojó.

—¿Y? ¿No puedes responderme?

—Sí... Es agradable —repitió Ana.

Pero su voz era apenas un susurro. Clara la amenazó con desnudarle los senos allí mismo, delante de todo el mundo, si no hablaba más claramente. Y volviéndose hacia mí:

—Es muy fácil, sabe, porque el escote de frunces de su vestido sólo está mantenido por un elástico... y abajo no tiene nada...

Uniendo el gesto a la palabra, Clara puso la mano sobre la garganta de su amiga y, tomando el borde del género, lo bajó unos centímetros. Así, quedaron enteramente al descubierto el hombro redondo, el carnoso nacimiento de la axila y la mitad de un seno.

Pero no se atrevió a ir más lejos. Sin embargo, bastaba para percibir esa región más blanca, más delicada y más íntima, suavemente redondeada, que daba la impresión de solicitar nuevos tormentos. Más arriba, el emplazamiento primitivo del escote había dejado en la carne una línea rosa irregularmente ahuecada por los frunces.

—Nos están mirando —dije—, no podrá seguir. ¡Qué lástima!

—Entonces, marchémonos —respondió Clara con irritación.

Nos levantamos. La muchacha, que se había reacomodado la blusa, se acercó a Clara para decirle algunas palabras al oído. Clara la miró con una sonrisa maliciosa, aparentemente contenta de hallar tan rápido un pretexto para desquitarse, y exclamó en voz alta:

—No, no irás ahora. No tengo ganas de aguardarte. No tenías por qué beber tanto té.

En consecuencia, la pequeña Ana nos siguió, inclinada la cabeza. Me di cuenta sin pensar mucho que quería ir al baño y no le habían dado permiso.

Pero lo que no sabía era hasta dónde quería llegar Clara. Indolente, nos guió a través del parque, haciéndonos admirar aquí y

allá un cantero de flores, algún arbusto, el trazado de una alameda.

Finalmente, llegamos a una zona de aspecto más silvestre, sin parterres ni enramadas, donde tres grandes árboles cubrían con sus hojas muertas un suelo de césped ralo y poco cuidado.

Esta parte casi abandonada del jardín no atraía a los paseantes, sobre todo a esa hora, en que el sol poniente exageraba aún más las sombras. Intuía que nuestra guía buscaba un lugar tranquilo, lo más alejado posible de las zonas más transitadas.

En efecto, Clara no tardó en detenerse, indicándonos una alfombra parduzca, mezcla de restos de follaje y ramitas, bajo una haya bien extendida, cuyas ramas bajas dejaban libre paso en la proximidad del tronco, inclinándose en seguida casi al ras del suelo.

—¿No es un lugar perfecto? —dijo.

Nos llevó bajo el árbol. A un lado de este, había un espacio bastante ancho y despejado, rodeado de ramajes relativamente densos.

—Depende del fin que se le destine —respondí.

—¡Para ella, caramba! ¿Acaso no buscaba el baño?

Ana protestó débilmente: «Pero no... Te lo aseguro... No tengo necesidad de nada...». Y trataba que volviésemos al camino.

—Entonces —dijo Clara—, ¿por qué has mentido, hace un momento?... ¿Eh?... Creí que nos proponías un pequeño espectáculo.

—No... Te lo aseguro... Me equivoqué...

Clara hizo venir a la muchacha delante de ella y, alzándole el mentón con el puño, la obligó a mostrar los ojos.

—Vamos, tontita, déjate de melindres —le dijo—. Sabes que no servirá de nada. —Luego, con una voz dura, tranquila, pero sin réplica, le ordenó—: ¡Lo haces en seguida, o te abofeteo!

De inmediato la muchacha flexionó las rodillas, desplegando cuidadosamente la falda blanca a su alrededor, y se puso en cuclillas delante de Clara, quien extendió la mano derecha para acariciar el bonito rostro empurpurado por la vergüenza. Con la misma mano forzó a su amiga a levantar la cara hacia ella; y sus toqueteos se prolongaron, sobre las mejillas, los párpados y la boca. Recobró así su tono más tierno par decir:

—Ponte de rodillas: es más agradable para mirar.

La muchacha se puso de rodillas y llevó los pliegues de su falda

hacia adelante, tomando con las dos manos el género blanco, para mantenerlo separado de sus muslos. Por detrás, la punta de los dos zapatos sobrepasaba el borde del vestido.

—Vamos —dijo Clara con una sonrisa un tanto fastidiada—, ¿le hacemos hacer pipí a la niña?

Con la punta de los dedos le separó los dientes y comenzó a pellizcarle los labios.

—¡Sobre todo, abre bien las piernas!

Ana separó más las rodillas. Sus pies habían desaparecido bajo el vestido desplegado.

—Así, ahora está bien. Échate un poco hacia adelante.

La muchacha inclinó el busto y bajó la cabeza. Bajo los rizos de dorados cabellos que caían alrededor del rostro, los dedos de Clara continuaban jugando con la boca entreabierta.

—¿Sabes que estás muy bien así? —agregó. Luego, al cabo de un instante, como si de pronto perdiera la paciencia—: ¡Y bien, ahora mea de una buena vez!

Y como la cosa tardaba, Clara la agarró firmemente por los cabellos y, teniendo así bien ofrecido el rostro, con la otra mano la abofeteó al vuelo, una vez... dos veces...

En ese momento oí el chorro líquido, largamente retenido, batir con violencia contra las hojas secas del suelo.

Falsos movimientos

Durante más de una semana, no volví a ver a Clara, ni a su amiga.

Al octavo día, por azar, me encontré con Ana en una librería de Montmartre. Estaba sola. Fingió no verme, lo cual, a decir verdad, no me sorprendió en absoluto.

Evoqué la última imagen que tenía de nuestra tarde en Bagatelle. Indudablemente, cuando Ana se puso de rodillas, la rosa debió haberse desprendido del portaligas. Y cuando se levantó, ocultando su cara con las manos, vi la flor color de carne abandonada entre las hojas muertas. Apenas si se había abierto bajo el chorro; sus pétalos empapados retenían en sus cavidades perlas de líquido brillante. En torno, las hojas parduzcas también estaban mojadas, lo que las volvía más negras y lustrosas.

Una gruesa gota había resbalado lentamente a lo largo de un pétalo dado vuelta de la rosa, aplastándose contra una hoja casi intacta, más o menos chata y horizontal, donde, al extenderse, el agua había formado como un minúsculo espejo que tardó varios segundos en desaparecer.

Ahora la muchacha se dirigía al vendedor. Lo que en seguida me sorprendió, fue el tono decidido, pleno de seguridad, que tenía para hablar a ese hombre. Buscaba un libro especial, de los que se venden a escondidas, pero lo pedía con firmeza, como si supiera que lo tenían.

En efecto, pronto el librero dejó de fingir su ignorancia al respecto y extrajo el volumen de un estante disimulado bajo el mostrador. Ella pagó el precio sin discutir.

Me puse en su camino, contra la puerta. No tuvo más remedio que mirarme de frente. Dije:

—¿No me reconoce?

Me miró con frialdad:

—Sí, por supuesto. Pero no como usted lo piensa.

Tuve la impresión instantánea de que, ese día, las cosas ocurrirían de una manera muy diferente. Le dije que no pensaba nada en especial y la acompañé afuera.

—¿Qué quiere? —me preguntó sin dulzura.

—Nada... Challar un poco...

—No tengo ganas de hablar, y además tengo mucha prisa. Debo entregar este libro sin tardanza. *

Me mostraba el pequeño paquete en papel marrón.

—¿A quién? —pregunté—. ¿A Clara?

La mirada de los ojos verdes se hizo todavía más hostil, brillando con un tipo de chispa que nunca había visto hasta ahora.

—Lo doy a quien me da la gana. ¡Eso no le concierne!

Creí salir del paso con una sonrisa irónica y le deseé buenas tardes.

Pero ella ya se alejaba.

Este encuentro me dejó muy insatisfecho.

Yo sabía perfectamente que no tenía autoridad alguna sobre la muchacha, pero me parecía natural poder seguir disfrutando de algunos privilegios, fuera de la presencia de Clara, quien me los había concedido con tanta largueza, sin que se lo hubiese pedido.

Pero pensándolo mejor, me pregunté si en realidad me había concedido tantas cosas el otro día. Tuve que reconocer que no.

Ahora comprendía mi error. Hasta empecé a burlarme de mi propia estupidez, pues la reciente conducta de la pequeña Ana me parecía repentinamente muy normal, evidente, hasta tal punto que me hubiera resultado incomprensible una actitud opuesta.

En resumen, la situación no era como la había imaginado.

Me sentía irritado y decepcionado. Resolví no pensar más en ninguna de las dos mujeres, ni en toda esta absurda historia.

Así lo hice durante los tres días subsiguientes. Pero al cuarto, telefoneé a Clara.

Estoy convencido de que aguardaba esta llamada, aunque, del otro lado del hilo, su voz no dejara traslucir nada. Con el tono adecuado a una conversación circunstancial, me preguntó cómo estaba «desde la última vez». Por mi parte, le pedí noticias sobre su propia salud y luego sobre la de su amiga.

—Pero... ¿de qué amiga me habla?

—¡De Ana, por supuesto! ¿Se burla usted de mí?

—¡Ana! Pero claro ¡Ya no pensaba más en ello! Si lo que quiere es verla, hay que decirlo. Se la prestaré sin la menor dificultad. ¡Podrá gozarla tanto como lo desee! ¿Qué día quiere que se la mande?

En estas palabras, había una violencia que me pareció sospechosa. Haciéndome el indiferente, fingí creer que estaba bromeando y derivé la conversación hacia otro tema, sin atreverme a fijar un día.

Una vez que colgué me pareció estúpido haber rechazado su proposición. Era evidente que la pequeña Ana me resultaba muy apetecible. Pero temía hallarme a solas con la joven extranjera y fría de la librería, cuya actitud fue todo lo contrario de estimulante. ¡En verdad, lo mejor hubiera sido dedicarme a Clara!

¿O bien debía pensar que aún cuando la solución por la que había optado era la más cómoda, tal vez me depararía placeres más exquisitos? ¿Qué secreta esperanza había dictado mi elección?

Sea como fuere, lo cierto es que finalmente me había citado con Clara en su apartamento de la calle Jacob, con el pretexto de ver aquellas fotos artísticas de las que me había hablado el primer día.

Una vez más, pensé en la muchacha de vestido blanco arrodillada bajo la haya, en el ruido que hacía el chorro líquido al batir contra las hojas secas, bajo la falda, y también en la rosa de pétalos ajados, donde aún veía rodar algunas perlas brillantes.

Las fotografías

Al primer vistazo reconocí las fotografías: eran las que se proponían a las almas sensibles en esa librería donde, precisamente, me había encontrado con Ana.

Sin embargo, entonces no tuve la impresión de que la muchacha fuese conocida de la casa: en todo caso, no del vendedor que la había atendido.

Las series que Clara me mostró aquella tarde, eran de formato más grande y muy superiores en calidad a las que una vez había hojeado distraídamente en Montmartre. Esas imágenes no me llamaron demasiado la atención, las poses eran bastante comunes y en general carecían de un interés especial.

En cambio, las que me mostró Clara me parecieron muy distintas. No solamente porque reconocí a Ana en la linda modelo de sus fotos, sino, sobre todo, por su extraordinaria nitidez, en tanto que las malas pruebas que había contemplado antes no daban en absoluto esta impresión de realidad flagrante, más verdadera y palpable que si se trata del natural. Quizás esta sensación fuese provocada por la iluminación, o bien por el contraste muy sostenido de los negros y los blancos, que subrayaba la precisión de las líneas.

A pesar de esta diferencia, estaba seguro que los clichés serían más o menos los mismos. Clara debería experimentar un placer de tratante de esclavos al permitir así al primer venido comprar la imagen humillada de su amiga. Y era evidente que, desde el principio, conmigo buscaba esta clase de satisfacciones.

Utilizadas de esa manera, las fotos adquirirían, tanto a sus ojos como a los míos, un valor aún mayor. Por otra parte, desde el punto de vista técnico eran excelentes, de modo que no pude menos que felicitar a la fotógrafa.

Estábamos sentados no lejos uno del otro, en sillones pequeños, pero muy cómodos, cerca de una mesa baja, bajo una lámpara de pie que durante las tomas debía servir de reflector.

Era la primera vez que venía a su casa. Desde la entrada, el confort y la alegría muy moderna de este ambiente (como del resto del apartamento, a juzgar por lo que vi) me habían sorprendido agradablemente, contrastando con la mala impresión que me produjeron la sombría e incómoda escalera y la pronunciada vejez del edificio.

Para asegurar el aislamiento respecto del mundo exterior, tan diferente, había corrido los pesados cortinajes de las ventanas, aunque estuviéramos en pleno día. Probablemente las ventanas darían sobre un exiguo patio, como suele ocurrir en las casas muy viejas, de manera que la luz que entraría por ellas debía ser bastante triste, más pobre y menos íntima que la de una hábil iluminación.

Clara me iba pasando una tras otra las fotografías, luego de examinarlas con sumo cuidado, mientras yo estaba ocupado con la precedente. Estaban puestas sobre cartón duro. Eran del tamaño del papel de carta comercial. La superficie, muy satinada, estaba protegida por una hoja transparente, que uno volvía para mirar la imagen.

En la primera, Ana está en combinación negra: debajo sólo lleva medias y un portaligas calado, semejante al que yo había admirado en el jardín de Bagatelle. Pero estas medias no tenían el revés bordado.

La muchacha se halla de pie, cerca de una columna, en la misma posición a que Clara la había obligado para ocultar, bajo la falda, la rosa robada. Sólo que aquí está descalza; y, en lugar del vestido, no tiene más que una combinación, cuyo ligero género levanta con las dos manos, exponiendo a las miradas los muslos entreabiertos y el vellón triangular del sexo. Una de las piernas está derecha, la otra levemente inclinada a la altura de la rodilla, y el pie correspondiente, posado a medias en el suelo.

Un canesú de encaje adorna lo alto de la combinación. Pero no se lo distingue bien, a causa de los pliegues que hace, pues el tirante

derecho no está puesto y el izquierdo ha resbalado por el hombro. Así, la lencería negra se ve al sesgo y pasa por el medio de uno de los senos, en tanto que desnuda casi por completo al otro. Son pechos perfectos, no demasiado abultados, bastante separados, con el círculo pardo que aureola el pezón bien redondo y curvas llenas de gracia.

La cara, enmarcada en parte por laxos rizos, está muy lograda: ojos consentidores, labios entreabiertos, una mezcla de encanto ingenuo y de sumisión. La cabeza se inclina de lado, hacia el seno libre y la pierna que se separa un poco.

Al poner de relieve las sombras, la iluminación da simultáneamente suavidad y precisión a las líneas. La luz proviene de una ventana de aspecto gótico, con severas rejas verticales, de la que sólo se divisa una parte, en segundo plano, al borde de la imagen. La columna que se ve en primer plano es de piedra, así como el marco de la ventana; tiene el mismo ancho que las caderas de la muchacha, que aparece en su proximidad. Al lado de ella, en el otro borde de la imagen, se distingue la parte anterior de una cama de hierro. El suelo forma un tablero de tres grandes baldosas negras y blancas.

La segunda foto está tomada de más cerca; muestra la cama en su totalidad. Es una cama de hierro para una persona, pintada en negro, desprovista de mantas. Las sábanas se ven en el más completo desorden. Las dos partes verticales de hierro, del pie y de la cabecera, son de un diseño pasado de moda: tallos metálicos curvándose y enrollándose en espirales, enlazados entre ellos por anillos más claros, sin duda dorados.

Ana está como antes, en combinación, pero ya no lleva medias ni portaligas. Está acostada a través de la cama sobre las sábanas en desorden, boca abajo, aunque un poco vuelta de lado, una cadera más levantada que la otra. La cara se hunde en la almohada, sobre la que se esparcen los rizos; el brazo derecho, replegado hacia arriba, enmarca la cabeza; el izquierdo, más separado, se alarga en dirección a la pared. De ese lado, donde el tirante se ve caído, uno adivina el nacimiento del seno bajo la axila.

La combinación negra sigue estando generosamente levantada,

claro que esta vez por detrás. El sedoso género ha sido dispuesto con descuidado arte en la cavidad del talle y alrededor de las caderas, con la evidente intención de presentar como en un estuche las atractivas nalgas redondas, plenas, hendidas de manera sumamente provocadora. Su firme modelado presenta preciosos hoyuelos, que la postura disimétrica hace resaltar. Los muslos se abren sobre un hueco de sombra. La rodilla izquierda, flexionada, se adelanta en punta para desaparecer en un repliegue de las sábanas, mientras que el pie se vuelve hacia atrás hasta tocar la pierna izquierda, que se halla extendida.

La fotografía está tomada desde arriba, con el propósito de ofrecer una visión inmejorable de las nalgas.

En la que sigue, la muchacha está completamente desnuda, con las manos encadenadas a la espalda y de rodillas sobre el embaldosado blanco y negro. La imagen la muestra de perfil, también desde arriba. No se ve nada más que la muchacha desnuda, de rodillas, y el látigo.

Tiene la cabeza inclinada hacia adelante. La cabellera cae a los costados del rostro, que no se ve, descubriendo la nuca, lo más curvada posible. Bajo el hombro aparece la punta del seno. Los muslos están juntos, inclinados hacia atrás, y el busto doblado hacia adelante; las nalgas sobresalen agradablemente, listas para el suplicio. Las muñecas están atadas juntas por detrás, a la altura de la cintura, con una cadenita de metal brillante.

Una cadena idéntica sujeta los tobillos uno contra el otro. El látigo descansa sobre las baldosas, no lejos de los piececitos, dados vuelta, de los que sólo se divisa la planta.

Se trata de un látigo de cuero trenzado, como los que se usa para los perros. Se ensancha y endurece progresivamente desde la punta, fina y flexible, hasta la parte que se empuña, formando una especie de mango muy corto. La tralla inmóvil dibuja sobre el suelo una S, cuya extremidad más fina vuelve a curvarse en sentido contrario.

La muchacha sigue desnuda y de rodillas, ahora encadenada al pie de la cama. Se la ve de espaldas. Los tobillos también están

atados juntos, bien apretados, pero cruzados, de modo que un pie pasa por encima del otro, lo que mantiene muy separadas las rodillas.

Los brazos, semiabiertos y levantados a cada lado de la cabeza rubia; las manos están un poco más alto que la cabeza. Los codos se ven ligeramente flexionados, el derecho un poco más que el izquierdo. Las muñecas, siempre con la misma cadenita de metal, están atadas a las dos extremidades de la barra combada que remata, en su parte superior, el enrejado de hierro negro.

El busto y los muslos se mantienen derechos. Pero todo el cuerpo se halla ligeramente girado, no obstante la fatiga ocasionada por esta postura, lo que hace sobresalir más una de las caderas. La cabeza, inclinada hacia adelante, sobre el costado derecho, casi tocando el hombro.

Las nalgas, bien puestas de relieve por líneas oscuras, muy nítidas y perfectamente diferenciadas, que se entrecruzan de los dos lados de la raya media; esas líneas se ven más o menos marcadas según el látigo haya o no golpeado con fuerza.

Evidentemente, esta imagen de Ana encadenada a su cama, arrodillada en una posición muy incómoda, se vuelve todavía más conmovedora a causa de las crueles huellas de los tormentos que acaba de soportar. Por detrás, las espirales de hierro negro componen elegantes arabescos.

La muchacha, desnuda, está atada a la columna de piedra con dos gruesas cuerdas. Se halla de pie y de frente, con las piernas abiertas y los brazos levantados. Sus ojos están cubiertos por una venda negra. La boca está lanzando un aullido, a menos que sea simplemente el exceso de dolor lo que la deforma.

Los tobillos están sujetos al pilar, a derecha e izquierda de su pie, diametralmente opuestos. Por consiguiente, las piernas se hallan bastante separadas y las rodillas apenas flexionadas. Los brazos están levantados y tirados hacia atrás, sólo visibles hasta los codos. Es muy probable que las manos estén atadas a la parte posterior de la columna.

Las cuerdas oprimieron profundamente la carne. Una de ellas pasa bajo la axila derecha y sube del otro lado del cuello,

aprisionando todo el hombro. Otras se enrollan alrededor del brazo y los tobillos. También las hay que sujetan las piernas por debajo y por encima de cada rodilla, a fin de apretarlas bien contra la piedra al mismo tiempo que las separan lo máximo posible.

El cuerpo torturado, cuyas contracciones indican claramente que trata de debatirse en sus ataduras, tiene dos heridas profundas de donde mana abundante sangre.

Una de las heridas se extiende desde la punta del seno hasta la axila, del lado donde no hay ninguna cuerda. La sangre fluye en numerosos hilillos, de variable importancia, que se unen y se separan, configurando una complicada redecilla de venas en la cadera y buena parte del vientre. Hasta alcanzan la cavidad del ombligo y el vellón del sexo, hacia el que un espeso reguero desciende a lo largo de la ingle.

La segunda herida, situada mucho más abajo que la primera, decora el otro costado. Horada la ingle justo por encima del pubis, alcanzando un poco el bajo vientre y, bastante más, la parte interna del muslo; aquí la sangre forma anchos hilillos que cubren casi toda su superficie, tropezando finalmente con la cuerda ajustada alrededor de la rodilla. El líquido se acumula un momento en ese lugar y desde allí fluye directamente sobre una de las baldosas blancas, donde forma un pequeño charco.

Esta imagen, que a pesar de su romanticismo exagerado era de una atrocidad muy atrayente, no podía ser sino el resultado de un truco. No cabe duda que las dos heridas y la sangre derramada habían sido dibujadas, con pintura roja, en el cuerpo complaciente de la pequeña Ana. Pero estaba hecho con tanto esmero que engañaba muy fácilmente, a lo que contribuía las logradas contorsiones de la víctima.

Aunque tal vez el excesivo cuidado que se había puesto en distribuir los hilillos de sangre, así como la extremada fluidez que evidenciaban, bastaba para descubrir la superchería. En todo caso, las armoniosas líneas del cuerpo no se veían alteradas por su trazado, sino que, al contrario, se hallaban realzadas con un nuevo brillo.

La última fotografía era el resultado de un montaje análogo.

Presuntamente sin vida, el cuerpo torturado de la víctima yacía sobre el embaldosado negro y blanco. Como en la anterior, sólo tenía por vestimenta una venda sobre los ojos.

Estaba acostada sobre el lado derecho, con la parte superior del busto semivoltada, de modo que el rostro quedaba mirando al cielo y al objetivo. El brazo derecho se hallaba extendido a lo largo del cuerpo, mientras que el izquierdo descendía sobre la cabeza, ocultando la oreja, pero ofreciendo bien a la vista el plumón de la axila y el seno.

Las piernas estaban flexionadas, la derecha ligeramente y la izquierda un poco más, la rodilla bien adelante. De la manera como estaba tomando, el cliché permitía ver a plena luz la faz interna del muslo derecho, las nalgas, la parte inferior del pubis y toda la región de carnes tiernas que se extiende desde este a aquellas.

La sangre que provenía de la hendidura media, fluyendo a raudales sobre lo alto del muslo y sobre cada lado del piso de grandes baldosas, daba la impresión de que la joven había sido empalada, o algo por el estilo.

Además, un reguero de sangre salía de su boca entreabierta y cruzaba la mejilla, como una cinta sinuosa, antes de alcanzar el suelo. A pesar de este detalle, la cara tenía una expresión apacible, casi de felicidad. Hasta se hubiera dicho que la boca sonreía.

Pude comprobar que esta foto no había sido tomada el mismo día que las otras, al menos que algunas de las otras. Es posible que se hubiera lavado la pintura que manchaba el seno, desde la pose precedente, pero tampoco aquí se veían huellas de los latigazos que habían estriado la grupa, huellas que, sin embargo, no desaparecen tan rápido... ¿Quizás entonces los clichés habían sido tomados en otro orden? ¿O bien esas encantadoras rayas sobre la piel era puro maquillaje, como el resto?

Estaba por preguntárselo a Clara cuando, al volverme hacia ella, vi que aún tenía en la mano una fotografía, lo que indicaba que la serie no había concluido.

Me la pasó. De inmediato tuve la sensación de que no sería como las anteriores. En principio, la tirada era sensiblemente diferente, pero había otra cosa. El cuerpo se hallaba truncado por el

encuadre, en tanto que hasta aquí se lo veía siempre por entero. Además, el decorado ya no era el de una austera habitación gótica, sino el del lugar donde estábamos conversando en ese momento. Echada hacia atrás en uno de los silloncitos, una mujer con el camisón levantado hasta la mitad del vientre se acariciaba el interior del sexo.

Debido a que los pliegues del camisón eran demasiado imprecisos, sólo se distinguía nítidamente las partes desnudas: los dos brazos, las manos, el bajo vientre y la abertura de los muslos. Las piernas a partir de las rodillas, así como la cabeza y los hombros, quedaban fuera del campo fotográfico.

En la abertura de la entrepierna, el índice y el cordial de la mano izquierda separaban el labio de carne hacia uno de los lados, mientras que, del otro lado, el pulgar y el auricular de la derecha cumplían la misma función. El cuarto dedo de esta mano está flexionado; el índice toca la extremidad del clítoris, en evidente erección; más abajo, el cordial introduce toda una falange en el orificio bien expuesto. Bajo la violenta iluminación, la superficie de las mucosas brilla por efecto de las secreciones.

Lo que me puso sobre aviso, fueron las uñas laqueadas, muy oscuras, de esas dos manos. Recordó que las uñas de Ana estaban al natural. Y además, toda la posición, la curva de los brazos, cada detalle del gesto, todo me parecía menos entregado, menos amable, y el vellón un poco más oscuro. Alcé los ojos en dirección a Clara, para preguntarle si yo cono cía a la persona que le había servido de modelo.

Su cara no era la misma: más coloreada, menos fría, visiblemente turbada. De repente, el conjunto de su persona me pareció infinitamente más deseable que de costumbre. Llevaba un jersey negro y un pantalón ajustado; echada hacia atrás en un sillón, como en la foto, dejaba errar su mano por el hueco de los muslos. El cuidado barniz de sus uñas era de un rojo intenso.

De pronto comprendí que acababa de mostrarme su propia fotografía. Probablemente la había tomado con un disparador automático. El camisón muy envolvente y la supresión del rostro eran calculados: estos dos elementos hacían posible que ese cliché tuviera una continuidad con los otros, sin que nadie sospechara que la persona que servía de modelo ya no era la misma.

Puse el cartón con la foto en la mesa baja, sin dejar de mirar a Clara, vacilando en acercármele...

Pero Clara ya se había recobrado. Brusca mente levantada de su asiento, dio media vuelta y se me apareció de nuevo en su actitud de todos los días: estricta, rígida, de una belleza sin falla.

No pronunció una sola palabra. Se quedó mirándome directamente a los ojos, un poco altanera, para ver si yo diría algo.

Y dije, señalando la mesa:

—¿La modelo de la última foto es también Ana?

—¿Quién otra quiere que sea? —me respondió con un tono seco, que no invitaba a seguir adelante.

Sacrificio expiatorio

Clara volvió a ordenar las fotos. Parecía descontenta. Yo no sabía qué hacer para retrotraerla a la breve escena muda que se había desarrollado por encima de la imagen de su cuerpo (sobre lo cual no me cabía la menor duda). El estado en que por un instante la había puesto la idea de que un hombre la contemplara en semejante postura, así de abierta, excitada e indecente, me dejaba entrever nuevas posibilidades, insospechables a juzgar por su comportamiento habitual.

Pero al oírla preguntarme, con una cortés condescendencia, qué pensaba de su talento de verdugo, sentí, una vez más, lo incapaz que era de perseguirla o siquiera de desear vencerla.

A ella le bastaba con Ana para satisfacer su necesidad de humillación. Era la presa que ofrecía como alimento a los otros, en lugar de ella misma.

Le respondí que su talento como verdugo me parecía a la altura de su talento como fotógrafa, y que esto debía tomarlo como un gran cumplido.

—Gracias —me dijo con una sonrisa medio irónica y una breve inclinación de cabeza.

Pero todo aquello carecía de liviandad, de despreocupación. Clara se recuperó en seguida de esa inexplicable debilidad y de nuevo se puso a la defensiva, lista para morder. Tuve la impresión de que ahora buscaba una ocasión de demostrar su fuerza, o su insensibilidad. Me dijo:

—¿Y por mi modelo no me hace ningún cumplido?

Preferí responderle hablando sólo de Ana, asegurándole que en ella tenía a la más deliciosa de las víctimas.

—¿Usted se la encontró el otro día, verdad? —me preguntó.

—Sí, en Montmartrc. ¡Sólo que en ese momento no fue nada deliciosa!

—Ah... ¿Pero por qué?

Reflexioné unos segundos, tratando de saber qué conocía Clara de nuestra entrevista.

—Era evidente que no tenía ningunas ganas de conversar —dije evasivamente.

—¿Acaso le faltó el respeto?

—Nunca pensé que me lo debiera.

Y sonreí, divertido por esta idea.

—Se lo debe, si así lo quiero —dijo Clara.

No sería yo quien lo pusiese en duda. No quedaba más que un problema: adivinar lo que Clara se proponía. Probablemente muchas cosas, con tal de que fueran hechas en su presencia.

En cuanto a mí era sobre todo curiosidad lo que me impulsaba en aquel momento.

Pero cuando Ana entró en el estudio, llamada por su amiga con una voz que me pareció llena de amenazas, o de promesas, otros fueron los sentimientos que embargaron mi ánimo.

Clara y yo nos habíamos vuelto a sentar en los dos pequeños y cómodos sillones, dispuestos hacia el centro de la alfombra. La mesa baja, inútil ya, había sido relegada a un rincón.

De acuerdo a la costumbre, Ana compareció ante nosotros: de pie, con los brazos a lo largo del cuerpo y los párpados bajos. Llevaba una falda plisada y blusa; estaba sin zapatos, pero con medias. Se la había llamado para aclarar el asunto de la librería y para imponerle sin tardanza una corrección, en caso que lo mereciese.

Por supuesto, no se trataba justamente de saber si la muchacha lo merecía o no, sino de encontrar en seguida un pretexto para torturarla a nuestro antojo. Por lo demás, Clara hablaba con una violencia que no presagiaba nada bueno para su víctima.

Bastaron unos pocos segundos para convencerla de que había incurrido en delito de insumisión grave. Y fue decidido castigarla de inmediato, casi sin darle tiempo a que abriera la boca paca defenderse:

—¡Desvístete! —ordenó Clara.

Era evidente que Ana conocía muy bien su papel, pues no fue

necesario añadir ninguna otra indicación. Se puso de rodillas delante de su ama, sobre la gruesa alfombra de lana, y fue quitándose lentamente la ropa. No cabía duda que observaba un ceremonial.

Como hacía mucho calor, no llevaba gran cosa encima. Comenzó por la falda, que desabrochó de un costado de la cintura, sacándosela luego por encima de la cabeza.

Tampoco ese día llevaba bragas. Su portaligas era de satén azul pálido, con un pequeño volante de encaje. Desabotonó su cortísima blusa, que conservó entreabierta. A través del ligero tejido se asomaban los senos.

Después desabrochó el sujetador de las medias y se las fue sacando, levantando una tras otra las rodillas. Desprendió por detrás el portaligas y lo depositó con la falda y las dos medias cerca de ella, en la alfombra.

Por último, luego de haberse quitado la blusa, prenda final de su indumentaria, levantó los brazos para taparse lo alto de la cara.

Y así permaneció, arrodillada, con los muslos separados, bien erguida, totalmente expuesta a nuestras miradas.

Su cuerpo era tierno y carnoso, delgado, pero lleno de redondeces y hoyuelos, más turbador que nunca. La carne, muy lisa, tenía un color rubio uniforme, aunque un poco más blanco en el vientre y los senos, cuyos pezones estaban ligeramente pintados de rosa. La muchacha se hallaba de frente, pero yo recordé la foto que la mostraba de atrás: encadenada a la cama de hierro en una postura semejante a la de ahora, con las nalgas estriadas por los latigazos. El recuerdo de las fotografías y de sus suplicios revalorizaba la posición de espera en que ahora manteníamos a la víctima.

Clara daba la impresión de estar dispuesta a todos los excesos. Pero en principio, se limitó a hacer algunos comentarios sobre el encanto de ese cuerpo dócil, la perfección de las formas y la gracia de la actitud, elogiando morosamente el pecho firme y el sexo rollizo, toda esa suave carne ofrecida a sus caprichos, esa piel frágil que ya estaba gozando en estropear.

En lugar de dulcificarse con tales evocaciones, la voz de Clara se

volvía cada vez más violenta y rabiosa, a medida que proseguía anunciando las próximas torturas. Por mi parte, las torturas más novelescas me parecían perfectamente naturales al lado de aquellas que acababa de admirar en las convincentes fotografías.

Clara intercalaba en su andanada verbal palabras obscenas y precisas, descripciones íntimas y canallas. En el paroxismo de su pasión, se detuvo repentinamente...

Después de un silencio bastante largo, dijo en un tono más calmado:

—¡Vamos, levántate, putita! ¡Ve a buscar el látigo!

La muchacha se levantó, manteniendo uno de sus brazos delante de los ojos. Se dio la vuelta y cruzó la alfombra en dirección a la puerta. La gracia infantil de sus movimientos turbaba un tanto su propia desnudez. Los dos globos todavía intactos de su trasero, que ondulaban a cada paso, nos prometían las más crueles satisfacciones.

Ana regresó en seguida, siempre disimulando lo alto de la cara con uno de los antebrazos. En su mano libre tenía un objeto de cuero. Se arrodilló delante de Clara, muy cerca de ella, para presentárselo. Era el mismo látigo trenzado de la fotografía. Clara tomó el instrumento por su extremidad rígida e hizo que la víctima se pusiera un poco más de perfil, delante de su sillón, para que también yo pudiera contemplarla bien de frente. Sin tener ya nada más que decirle, la muchacha había separado nuevamente las rodillas y levantado los brazos en el aire, pero esta vez por encima de la cabeza, para que durante el suplicio pudiera verse su encantador rostro atemorizado y la bonita boca entreabierta...

Pero Clara, en lugar de empezar a azotarla parecía dulcificarse. Hablaba con una voz más baja. A pesar de las horribles sevicias que seguían detallando sus frases, se hubiera dicho que se trataba de amorosas palabras.

La muchacha estaba al alcance de la mano. Clara se inclinó hacia adelante y extendió el brazo izquierdo para pasar repetidamente los dedos sobre los senos. Los pequeños pezones rosados se irguieron. Clara comenzó a jugar con ellos, hasta que se pusieron bien duros; luego acarició la concavidad de la axila que

estaba vuelta de su lado.

En seguida su mano regresó al seno; después bajó a lo largo de la cadera, para acariciar el interior de los muslos. Su voz se volvía empalagosa; parecía dirigirse a una criatura:

—Está muy preciosa así. A la niñita le gusta que se la haga poner de rodillas para darle los latigazos... Eso la excita... Apuesto a que ya está toda mojada...

La indiscreta mano subió hasta el sexo. La punta de los dedos pasó y volvió a pasar dos o tres veces, de adelante hacia atrás, a lo largo de la hendidura. Mientras tanto, la mano que sostenía el látigo acariciaba las nalgas por detrás.

Y bruscamente el índice de la mano izquierda penetró entre los labios, por debajo del rizado vellón. El dedo entró de un solo golpe en las ardientes profundidades. La pequeña Ana cerró completamente los ojos y abrió un poco más la boca.

Clara me lanzó una mirada victoriosa. La facilidad con que se había perpetrado el atentado indicaba, en efecto, que la muchacha estaba bien húmeda, excitada, lista para el amor.

—Ve usted —me dijo Clara— como está bien aleccionada: cuando uno va a castigarla, ella se dispone a gozar. ¡Es una cuestión de adiestramiento, como con un perro! Ha sido suficiente con acariciarla a menudo en esta postura; cada vez que se halla así sólo puede esperar el placer... ¿No es verdad, zorrita?

Acto seguido, sin sacar su mano derecha de entre los muslos, por delante y con la mano derecha, Clara le dio un violento latigazo en las nalgas. Su habilidad en manejar la tralla de cuero denotaba una larga práctica.

La muchacha se sacudió; instintivamente, bajó un poco los brazos.

Pero de inmediato los alzó. Clara golpeó por segunda vez.

—¡Mira a Jean! —ordenó a la joven. Te castigo a su pedido.

Ana levantó los párpados, que tenía desmesuradamente abiertos para resistir mejor el tormento. También se cuidaba en mantener la boca bien abierta.

Para golpear con más fuerza y más cómodamente las dulces carnes abandonadas a su antojo, Clara sacó su mano derecha del sexo. Los golpes, ahora mejor dirigidos, se abatieron con regularidad sobre la espalda. Cada vez que el látigo restallaba, la

muchacha exalaba un débil gemido, un «Ah» de dolor que se asemejaba a un estertor de amor.

Clara continuó golpeando, cada vez más rápido. Los gritos de la víctima precipitaban su ritmo: «Ah... Ah... Ah... Ah...». Luego, agotada, bajó un brazo hasta tocar el suelo y se sentó a medias sobre las piernas...

Clara interrumpió los golpes. La muchacha, presa de miedo, se reincorporó, rectificando la posición de las rodillas, y de nuevo levantó el brazo por encima de la cabeza.

—Sería mejor atarla —dije.

—Sí, cómo no —me respondió Clara.

Entonces, muy dulcemente, Ana empezó a llorar. Las gotas se formaban en el ángulo de los ojos y rodaban sobre sus mejillas sonrosadas. De tanto en tanto un estremecimiento le recorría el cuerpo. Luego trataba de sorberse con la mayor discreción posible.

Arrodillada en la alfombra de gruesa lana, bien derecha, separados los muslos y con las manos en el aire, ni siquiera intentaba enjugar las lágrimas que le corrían lentamente por la cara.

Nos quedamos un largo momento mirándola tal como estaba.

También esta vez la pequeña Ana debió ir a buscar las cadenas de metal brillante. Con ese nuevo color encarnado, sus martirizadas nalgas resultaban aún más turbadoras.

De vuelta en el estudio, Clara, que se había levantado del sillón, hizo brutalmente que se arrodillara de nuevo, arguyendo que no había cumplido la orden con suficiente celeridad. Con una mano reunió los dos puños de su víctima detrás de la espalda y, con la otra, la abofeteó a más no poder, cuatro o cinco veces.

El llanto de la muchacha redobló. Sin apiadarse en absoluto, Clara la obligó a que se aproximara a mí, arrastrándose de rodillas, bajo el látigo, de un borde al otro de la alfombra. Luego, le ató los tobillos y las muñecas con las cadenas.

Se trataba de un conjunto de fuertes eslabones de acero cromado que, de un lado, terminaban en un anillo más ancho y, del otro, en un gancho de cierre automático. Bastaba con pasar el gancho por el anillo para que el miembro elegido quedase aprisionado; luego, con

una o dos vueltas se lo aseguraba contra el soporte y en seguida se cerraba el gancho en el eslabón más cercano.

Este sistema era rápido y cómodo. En pocos segundos las dos manos de la muchacha se hallaron encadenadas a los dos brazos de mi sillón, cuyos posabrazos, bien separados del asiento, daban la impresión de haber sido hechos para ese uso. A su vez, los tobillos fueron atados juntos, un pie cruzado por encima del otro, siguiendo la misma disposición que yo había admirado en la foto un rato antes, lo cual impedía juntar los muslos. Además, la prisionera se veía obligada a inclinarse hacia mí, su pecho entre mis rodillas, su cabeza rubia adelantándose al encuentro de mis manos.

Acaricié muy dulcemente su cara bañada en lágrimas; mis dedos se pasearon por el cuello y los senos, los hombros y las axilas. Y le pedí a Clara que reanudara el castigo. Pero esos nuevos latigazos, aplicados sobre la maltratada grupa, sólo provocaron débiles contorsiones en la muchacha.

Por el momento a Clara le bastaba con ver a su joven amiga así reducida a la impotencia. Ahora la azotaba con cierta indolencia, discretamente, casi con ternura.

Yo volvía a tomar en mis manos el delicado cuello, forzando a la pequeña a que acercara su rostro. Me incliné y la besé en la boca. Sus labios se deshacían bajo los míos. Me reincorporé un instante y le dije, apretándole un poco más la garganta:

—Bésame mejor, putita.

Acerqué mi boca a la suya. Los labios obedientes y la lengua menuda empezaron a moverse agradablemente bajo mis besos, en tanto que la tralla de cuero restallaba con mayor sequedad sobre la carne desnuda.

En el momento en que yo curvaba hacia mis muslos la nuca sumisa, noté que Clara había puesto cerca de nosotros un puf, en el que estaba medio sentada, sobre una de sus piernas flexionada. Ya no tenía el látigo. Su mano derecha acariciaba con precaución las dos masas de carne redondeada, marcadas de un rojo vivo, que yo mismo veía desde arriba en agradable perspectiva.

La experta mano se movió hacia el sexo, por detrás, y de nuevo uno de sus dedos se introdujo en la hendidura. Oí que Clara murmuraba: «Está mojada, la chiquilla...», y luego de un momento: «Es un verdadero lago». Habiendo encontrado fácilmente el orificio,

el pulgar entró por completo, luego volvió a salir para introducirse una vez más. Ana comenzó a gemir.

Sus gemidos se hicieron más largos, más roncós, a medida que la caricia se repetía, que la mano iba y venía entre sus muslos...

Desde el lugar que yo ocupaba, no podía seguir con exactitud el movimiento de los dedos, pero por los gritos cada vez más fuertes de la muchacha me daba perfectamente cuenta del éxito de la manipulación.

Por mi parte, en principio me contenté con jugar con la boca húmeda y los pezones, sin dejar de contemplar las hermosas nalgas que ahora agitaba un oleaje cadencioso.

Pero muy pronto imaginé que Clara no podía ser tan ingenua como para ignorar a qué clase de irregularidades exponía a su amiga al ofrecérmela en esa postura. Saqué mi propio sexo y lo acerqué al rostro inclinado de la prisionera.

Tras el primer gesto de rechazo, Ana cedió, hasta redondeando los labios con destreza y complacencia. Sin duda alguna, no era la primera vez que Clara la había ofrecido de esta manera. Puse una mano sobre su nuca para guiar mejor, mediante leves presiones, el descenso y la nueva subida dóciles de la cabeza.

Cuando sentí que la iba a recoger el fruto de su labor, le grité a Clara:

—¡Ahora dele unos latigazos!

Clara, que había retrocedido un poco, apoyando una rodilla en el puf recomenzó a azotar furiosamente a la muchacha encadenada, golpeando en los lugares más sensibles, el interior de los muslos y el perineo, lo que provocaba en la infortunada deliciosas y convulsivas sacudidas.

Para estar más cómodo, tomó firmemente la rubia cabeza con las dos manos, de modo de poder inmovilizarla o llevarla de atrás hacia adelante, de adelante hacia atrás, según mi placer.

En el probador

Al finalizar aquella sesión, Clara me había dicho que me daría a Ana cada vez que yo lo deseara, y que podría disfrutar de ella a mi antojo. En caso de que yo considerara que la muchacha no era conmigo lo bastante complaciente, o aunque me sintiera contrariado por un falso movimiento de su parte, se la sometería sin discusión a un cruel castigo.

Naturalmente, estas deposiciones, tomadas de antemano en un bar de Saint-Sulpice me favorecerían mucho.

Sin embargo, por el momento no tenía ganas de gozar de tales prerrogativas. Durante los días que siguieron, nos contentamos con cenar los tres juntos, en los restaurantes del barrio que nos ofrecía algún rinconcito aislado, donde de tanto en tanto podía saborear los más anodinos de mis derribos. Clara vigilaba con un ojo crítico los progresos de su alumna en el arte de conducirse como una perfecta esclava.

A veces, la mirada indiscreta de un camarero o de un cliente ocioso, sorprendía una escena muda, alguna palabra sospechosa... Estos semiescándalos que contribuían a confundir aún más a la pequeña Ana, venían de perlas a nuestra pasión.

Si tales prácticas habían excitado más allá de lo soportable mis deseos, me bastaba con recurrir al automóvil, donde, una vez detenido en alguna calle desierta, me hacía acariciar y besar por la muchacha.

Una tarde de aquella semana, Clara me la entregó para mí solo: se trataba de llevarla al centro, para comprarle algunas prendas íntimas que yo mismo tenía que elegir.

A Clara le gustaban las estrechas fajas de encaje y las medias con el revés bordado. En materia de sostenes, sólo toleraba los modelos más reducidos, esos que sostienen el seno por debajo sin ocultarlo por completo, dejando prácticamente descubierto el pezón. Como Ana no debía llevar enagua ni slip, ni nada de ese tipo, nos vimos reducidos a esos tres artículos.

En seguida pensé que el placer de esta misión provendría de que Ana se los probara. Pero recién cuando percibí, detrás de un escaparate del Faubourg Saint-Honoré, el rostro halagüeño de la joven que llevaba la tienda, tuve plena conciencia de la sal con que podía amenizarse una ceremonia semejante. Me bastaba con saber, por boca de Clara, que la pequeña había sido salvajemente azotada esa misma mañana (en expiación de una falta insignificante) para imaginarme su vergüenza ante las vendedoras que, una vez en el probador, llamaríamos en consulta con toda deliberación.

Por lo demás, Clara no me había hecho ninguna otra recomendación, confiando en mi criterio. Si había optado por no acompañarnos, esto se debía sencillamente a que no quería complicar las cosas: una pareja despierta siempre menos sospechas y tiene un aplomo más natural. Lo único que necesitábamos era una vendedora agradable: joven, bonita, como suelen serlo en los barrios elegantes, y que no se alarmara con demasiada facilidad. Pero tampoco sería necesario que se condujera con excesiva complicidad, sino como un simple testigo, comprensivo y discreto.

Ésta parecía la adecuada. La tienda era bastante lujosa y tranquila, decorada con numerosos y atrayentes modelos. La mujer que esperaba a los clientes del otro lado de la vitrina y de las combinaciones rosas suspendidas en el aire, debía tener entre veinticinco y treinta años; era morena y bien formada. Al advertir que yo la miraba, me dirigió un ligero saludo de aliento: siempre vale la pena alentar a un hombre que quiere comprar ropa interior femenina. Entramos.

La bonita vendedora se dirigió a mi compañera para preguntarle qué deseábamos; pero fui yo quien le respondió, señalándole un portaligas de nylon blanco que estaba expuesto en el medio del escaparate. Como de costumbre, Ana callaba y bajaba los ojos.

En consecuencia, fue a mí que la vendedora presentó la prenda, a la que en seguida acompañó de otras semejantes. Di mi opinión

respecto de algunos detalles de sus líneas respectivas, precisando bien las que me parecían apropiadas, e insistiendo en la necesidad de que fueran bien descotadas, tanto por detrás como por delante. La vendedora sonrió con un aire de persona que comprende, luego habló de la calidad de los diferentes artículos.

Nuestra conversación era amable y natural. Nadie parecía sorprenderse demasiado de la modestísima actitud de mi compañera.

—Este —dije— es en cierto modo el más atractivo. Pero cae un poco bajo: me temo que no deje bien al descubierto el triángulo del vientre.

La mujer me miró. De inmediato echó una rápida mirada a Ana, luego me miró de nuevo.

Le sonreí; ella me devolvió la sonrisa.

—Es menos cómodo, ¿no es verdad? —agregué.

—Cuando se lo tiene puesto, señor, no molesta para nada.

—No, ¡por supuesto que no! Me refiero a que molesta la vista... y también la mano...

Esta vez su sonrisa fue mucho menos comercial. Hasta se sonrojó levemente. Me volví hacia Ana:

—Sería mejor que te lo pruebes.

Ana respondió: «Bueno, si usted lo desea», pero un poco demasiado bajo, de modo que yo no estaba muy seguro de que la vendedora hubiese comprendido la fórmula empleada.

Dije que al mismo tiempo aprovecharíamos para probar un sostén que hiciera juego. Y describí la clase de modelo que me interesaba. Sin vacilar, la vendedora me mostró el más indecente de los que tenían.

Una vez terminada mi elección, con el pretexto de mostrarle las ligas con volante que llevaba Ana, levanté tranquilamente el vestido de la muchacha hasta lo alto de los muslos:

—Como estas, ve usted...

La vendedora me miró un tanto sorprendida, a pesar de todo, y luego posó su mirada en la carne lisa y plena que yo le estaba indicando.

—Sí, ya veo —me respondió simplemente.

Le pedí a Ana que se sostuviera el vestido, mientras yo detallaba, estirándolos con las dos manos, la serie de volantes

fruncidos que rodeaban el elástico.

—Levántalo más —le dije entonces—, y acércate a la luz.

Me obedeció de inmediato. De tal modo, la vendedora, que se había agachado para ver, tuvo la ocasión de comprobar que su joven cliente no llevaba bragas. Hasta debió oler el penetrante perfume que Clara le había regalado para que sazonzara su rubio vellón.

Mientras Ana se desvestía para probarse el portaligas y el sostén en el probador, yo permanecí con la vendedora hablando de cosas sin importancia. Ella se prestaba sin ninguna reticencia a ese tipo de intercambio tan convencional; pero la expresión de sus ojos conservaba algo de divertido y de curioso. Me di cuenta que podíamos ir un poco más lejos.

Me volví hacia la cabina:

—¿Estás lista?

No hubo respuesta.

Entonces añadí, con un tono paternal e indulgente: «Vamos a ver eso...», dirigiéndome hacia el cortinado cerrado, que corrí para reunirme con Ana.

Estaba encantadora, toda de blanco. Sólo llevaba puesto el sostén y el portaligas nuevos. Uno como el otro eran graciosamente divertidos. Atraje a la muchacha hacia mí para besarla.

Al cabo de unos minutos, me decidí a llamar a la vendedora. Entreabrí el cortinado y asomé la cabeza:

—¿Querría venir un segundo, por favor?

Mientras se acercaba, me miraba con una sonrisa animosa, directamente a los ojos.

El probador era lo bastante grande como para tres personas. Ana se hallaba al fondo, de frente. La vendedora se ubicó a mi lado. Ana separó los brazos del cuerpo, para que la viésemos mejor. Instintivamente había entreabierto la boca y separado las rodillas. Alcé todavía más uno de sus puños y le hice girar levemente el busto, a derecha luego a izquierda.

—Ve usted —le dije—, los dos me parecen muy bien, pero creo que habría que ajustar la cintura.

La joven morena dio un paso adelante y pasó un dedo entre el

nylon y la cavidad de la cadera. Yo sentí que empezaba a excitarla este desacostumbrado espectáculo.

—¡Date la vuelta! —le ordené entonces a Ana, soltando su puño.

Ella se ocultó el rostro entre las manos y se volvió. Sus redondas nalgas, completamente expuestas, estaban marcadas por una decena de largos trazos rojos entrecruzados, que resaltaban sobre la finísima piel. Como el suplicio databa ya de varias horas, la coloración de conjunto había desaparecido: sólo quedaban las huellas del látigo, bien evidentes en la carne dorada.

Miré a la linda vendedora, pero ella ya no se atrevía a levantar los ojos hacia mí, fascinada por la repentina revelación y como tocada por la gracia. Su brazo, que se dirigía a la cintura para ajustar el cierre, se había detenido en su gesto, inmovilizado a medio camino entre ella misma y el objeto sagrado, que ahora Vacilaba en tocar.

Viéndolas mejor, las líneas rojas no eran completamente uniformes: la tralla de cuero había dibujado series de puntos muy vecinas, que correspondían a los abultamientos del trenzado, ya que en esos sitios la carne había sido hendida más profundamente. Clara debió haberla azotado muy fuerte. Algunas huellas aún tenían un relieve notable... Yo mismo no pude evitar a pasar delicadamente la yema de los dedos, para darme mejor cuenta, o para hacerle sentir más a Ana la ignominia de su condición, o para consolarla de haber sufrido tanto...

—No es nada —le dije a la vendedora—; no haga caso. Recibió unos azotes porque no se portó como debía, ni más ni menos.

A las cinco fuimos a encontrarnos con nuestra amiga en un distinguido salón de té, donde algunas señoras mayores conversaban en voz baja.

Clara, que nos estaba esperando, había elegido el rincón más favorable. El placer que me dio reencontrarla me sorprendió a mí mismo. En ese momento supe que, sin ella, este día habría quedado incompleto, e incluso no habría tenido razón de ser.

Sólo le dije que estaba muy bella, lo que ya era bastante.

Ella me miró fijamente en silencio. Pareció comprender algo, algo muy lejano, y me sonrió con una dulzura cómplice inesperada.

Pero en seguida me pidió que le mostrara nuestras compras.

Le pasé la bolsa de papel que Ana había puesto sobre la mesa. Clara desenvolvió el contenido, apreciando como entendida en la materia las diversas ventajas de los modelos elegidos.

Siguiendo su costumbre, empleaba los términos más crudos y más humillantes, que hacían enrojecer la cara de su alumna. Por mi parte, admiraba la gran fineza de las torturas que así le infligía: solamente una mujer era capaz de descubrir los puntos sensibles de su sexo con tanta cruel sabiduría. El efecto que sus palabras me producían a mí mismo, me ayudaba a vislumbrar lo que todavía podía esperar de ella.

Luego me preguntó qué tal nos había ido. En pocas palabras le conté los detalles más picantes de la sesión de pruebas y la fuerte impresión que habíamos causado en la joven vendedora.

—¿Y la chiquilla se portó bien? —preguntó Clara.

Le respondí con un gesto indeciso, pues de pronto tuve ganas de que se la sometiera a nuevos castigos.

Clara se dirigió entonces a su amiga y le preguntó:

—¿Acaso no estabas contenta de que todo el mundo supiera que eres una putita, eh? —Y con mayor dureza: ¡Y bien, responde de una vez!

—Sí... Estaba contenta...

—¿—Contenta de qué?

—Estaba contenta... de mostrar... que me habían azotado...

Hablaba con una voz apenas audible. ¿Estaba repitiendo lo que decía, o lo pensaba realmente?

—¿Te gusta el látigo? —insistió su verdugo.

Los dóciles labios dijeron: «Sí».

—¡Levántate! —le ordenó Clara.

Ella estaba sentada a mi lado. Ana, que se hallaba a mi izquierda, entre nosotros dos, se puso de pie contra la mesa, dando la espalda a la pared del fondo. Clara continuó:

—Apoya las manos en la mesa e inclínate hacia adelante... Separa las piernas... Flexiona las rodillas.

La muchacha lo hizo.

Aprovechando que nadie podía verla, Clara metió la mano bajo la falda, por detrás. De inmediato me transmitió el resultado:

—¡Está toda mojada! Basta con prometerle el látigo... ¿Quiere

verificarlo personalmente?

Metí la mano bajo el vestido y toqué dos dedos ágiles que se movían entre los labios húmedos...

Y de nuevo, encontré la mirada de Clara, caliente y cómplice, dispuesta a los peores excesos.

En ese momento llegó el camarero, hombre muy joven, para tomar nuestro pedido. Tuve que sacar la mano.

En cambio, Clara empujó su sillón del lado de la pared, para ocupar una posición un poco más natural, sin interrumpir su escandalosa investigación. Ana, presa de pánico, hizo un esfuerzo para reincorporarse. Pero no se atrevió a evitar completamente las caricias de su amiga. Por lo tanto, aferrando desesperadamente la mesa con las dos manos, permaneció en la misma posición que antes, mirando llena de confusión al desconcertado camarero.

Yo tardé lo máximo posible en enumerar lo que deseábamos. Por lo demás, el camarero no parecía escucharme, puesto que no conseguía apartar los ojos de esa bonita muchacha de rostro desencajado, párpados desmesuradamente abiertos y labios separados, que se contorsionaba como bajo el efecto de una brisa invisible.

Cuando finalmente dije:

—Es todo por el momento —huyó despavorido. Clara, con una voz muy calma, preguntó:

—¿Te gusta, niñita?

—Por favor, déjame ya —imploró Ana.

Pero Clara prosiguió, diciendo:

—¿Qué te gusta más: que te acaricie o que te haga daño? — Luego, dirigiéndose a mí: Ahora me recuerdo, Jean, ¿no había dicho usted que no se portó muy bien esta tarde?

Yo afirmé que, en efecto, la muchacha merecía un castigo. Clara no me pidió explicaciones. Seguramente sabía que lo que le había dicho era falso.

—Bueno —dijo entonces—, vamos a hacerla llorar.

Las contorsiones de Ana se volvieron más dolorosas. Su ama estaba torturándola bajo el vestido.

Al cabo de algunos minutos, como un camarero venía con la

bandeja, no tuvo más remedio que sacar la mano.

—No te libraste por tan poco —dijo—. Jean, ¿cuándo quiere venir a casa?

—Mañana a la noche —respondí—, después de cenar.

—Muy bien. Entonces lo dejaremos para mañana. Puedes sentarte.

Ana se dejó caer en la silla.

El camarero, que no era el mismo de hacía un momento, ponía las tazas, los platos y los cubiertos en la mesa, sin ocuparse de nosotros.

Clara se olió los dedos y en seguida los puso bajo la nariz de su amiga.

—Huele lo bien que hueles —dijo.

La muchacha se sonrojó de nuevo.

—¡Lame!

La muchacha abrió la boca, acercó los labios y empezó a lamer graciosamente la yema de los dedos impregnados de su propio olor.

En el cuarto de baño

La noche de nuestro nuevo encuentro, Clara estaba vestida con su ropa de entrecasa predilecta: pantalón ajustado y un ligero jersey negro.

Su acogida me pareció llena de indiferencia, pero no más que de costumbre. En estos últimos días, cuando estaba lejos de ella la imaginaba cada vez menos inaccesible. Tomamos asiento en los sillones. No pregunté dónde estaba Ana.

Tras intercambiar algunas impresiones sin importancia, dije: «Hace cada vez más calor, parece que estuviéramos en pleno agosto».

Clara me miró con la expresión extranjera y un poco altanera que siempre le conocí. Luego, habiendo captado mi velada intención, me respondió con una sonrisa amistosa, aunque irónica:

—Lamento, querido amigo, que estemos obligados a quedarnos vestidos. Pero en nuestro papel... comprende usted... es indispensable...

La palabra «nuestro» me sonó como de buen augurio.

—Es verdad —dije—, es indispensable... Sobre todo para usted. ¿No es cierto?

—Sí, tal vez sobre todo para mí...

Había una pizca de pesar en su frase. Al mismo tiempo, su mirada se volvió más vaga, menos firme. Una vez más, creí sentirla rozada por otras tentaciones.

Ella estaba hermosa así, mucho más hermosa... Arriesgué con segunda intención:

—Y tal como está, completamente vestida, ¿no sufre demasiado el calor?

Clara me miró fijamente sin chistar; pero poco a poco, sus

facciones se endurecieron. Luego frunció el ceño y distendió la comisura de los labios, en un gesto de divertido desdén:

—No, jamás —dijo.

Tras lo cual se levantó del sillón:

—La chiquilla debe estar lista, sígame.

Clara había recuperado toda su seguridad.

La puerta que abrió sin llamar, daba a una pieza en la que yo nunca había entrado. Era el cuarto de baño.

Sus vastas dimensiones, así como su lujo, inhabituales en casas antiguas como esta, hablaban de una instalación reciente, probablemente realizada por la misma Clara. Debió haberle destinado toda una habitación.

Además de los aparatos sanitarios, en porcelana celeste, me sorprendió desde el principio la presencia de un diván, de tamaño normal, que ocupaba uno de los ángulos del cuarto. Perpendicular al diván, se hallaba la bañera, contra la pared del fondo. Era una gran bañera empotrada, también celeste, revestida, como las paredes, de azulejos de cerámica blanca.

Ana estaba de pie en la bañera, vuelta hacia la puerta, jabonándose el cuerpo con las dos manos.

Instintivamente, las palmas con los dedos separados resbalaron hacia el sexo y los senos, para ocultarlos al menos un poco. Pero bastó con que su ama la mirara fijamente, para que en seguida renunciara a ese movimiento de pudor. Separó sus manecitas, una después de la otra, con un aire contrariado y temeroso; finalmente se quedó con los brazos a lo largo del cuerpo, abiertas las palmas, agachada la cabeza.

El jabón brillaba sobre su carne dorada, acumulándose aquí y allá en blanca espuma. Las delicadas redondeces de su cuerpo y de sus miembros daban tantas ganas de tocarlas que uno experimentaba por anticipado las sensaciones que suscitaría ese abrazo húmedo, viscoso y tibio, en el que las elásticas curvas resbalarían entre las manos.

Clara me indicó el diván, donde me recosté. Ella se sentó de costado en el rincón opuesto de la bañera, gritándole a su amiga todavía inmóvil:

—¡Sigue pues!

La muchacha volvió a enjabonarse. A Clara le pareció que no ponía suficiente empeño, de modo que ella misma se encargó de dirigir sus movimientos, señalando los lugares que tenía que frotar, las poses que debía adoptar (supuestamente para que la tarea le fuese más cómoda), la amplitud y la rapidez del menor roce.

Así, todo el cuerpo fue detalladamente objeto de sus iniciativas. De frente o de espalda, busto derecho o inclinado, una pierna levantada o los muslos bien abiertos, las manos detrás de la nuca, acariciando el cuello, masajeando los senos o demorándose entre las nalgas, todas las posturas del lavado fueron adoptadas ante nosotros. Por supuesto, Clara le hacía repetir las posturas más íntimas, y más indiscretas.

Dos o tres veces, con el pretexto de que no le había entendido bien, participó con sus dedos expertos. Cumplió esa función con una seriedad y una precisión tales que disimulaban muy bien su excitación creciente. Sin embargo, no me costó advertir que hablaba y manipulaba a su alumna cada vez con más brutalidad.

Por su parte, la muchacha demostraba una docilidad ejemplar, aun cuando se le exigiesen posiciones incómodas, o se la penetrase digitalmente de un modo exagerado, o se le mandara exponerse a nuestros ojos en forma espectacular.

Cuando por fin pudo sumergirse en el agua, Clara, con las mangas bien levantadas, se inclinó sobre la bañera para hacer desaparecer personalmente, de los más secretos puntos, la última traza de jabón. Y lo hacía de la manera más lenta posible.

En el líquido elemento, el cuerpo de su amiga respondía a sus menores toques, dejándose girar, extender y encoger, abrir y cerrar, con una molicie y una complacencia ideales.

Me acerque a la bañera, aunque sin dejar el diván. La cabeza de Ana se hallaba de mi lado. Su ama había terminado por ponerle las dos manos alrededor del cuello, que apretaba progresivamente, fingiendo querer hundirle la cabeza en el agua...

Clara sonreía; pero en los ojos verdes de la chiquilla, se notaba un pavor que seguramente no era fingido.

No obstante, obedeció la orden de cerrar los párpados y llevarse las manos a la espalda, para hacer aún más patético su desamparo...

Y Clara, muy lentamente, seguía sumergiéndole la cara...

Ana no ofrecía ninguna resistencia.

Justamente en ese momento, los brazos de Clara atrajeron mi atención. Como ya lo había imaginado, estaban muy bien hechos. Sin embargo, no esperaba hallarlos tan armoniosos.

Clara se dio cuenta en seguida de que el objeto de mi contemplación no era su víctima, sino ella misma. Entonces me miró con fijeza, insistentemente, con la intención de hacerme bajar los ojos...

Le sonreí... Le dije que tenía muy lindos brazos...

Ella soltó la presa y se reincorporó. Tal como me lo sospechaba, su propia turbación hizo que aumentara su violencia con respecto a Ana.

—¡Vamos, levántate! —le ordenó.

En cuanto la muchacha se puso de pie, le hizo abrir brutalmente las piernas y le puso la mano por detrás.

—¡No te muevas!

El gracioso cuerpo chorreaba; también la cabellera, que caía en ondulantes mechones sobre la mitad del rostro y del cuello.

Clara me espetó, como un desafío:

—¿Quiere ver manar la pequeña fuente?

—¿Por qué no? —respondí.

—¡Véalo pues!

Agarró con toda la mano el vellón empapado del pubis y separó sus labios para meter los dedos adentro. Por falta de precaución debió hacerle mal a la muchacha, ya que su cuerpo se contrajo. Clara la conminó a que se quedara tranquila, so pena de que se la maltrataría más. Y añadió:

—Muéstrale al señor tu bonita fuente.

Pero su tono amenazador no correspondía en absoluto al giro infantil de la frase.

La muchacha no se hizo rogar. Flexionó ligeramente las rodillas y adelantó el busto. Cerró los ojos. Sus brazos se reafirmaron a cada lado de la cintura. El líquido incoloro brotó entre los dedos de Clara con un ruido de manantial, alcanzando, más abajo, la superficie del baño.

Clara se entretuvo un instante con los labios del sexo, luego con

el chorro, derramándolo por su mano abierta y forzándolo a fluir a lo largo de uno de los muslos.

Y yo estaba, lo confieso, bastante sorprendido del encanto que podía tener una escena semejante, cuya límpida y maravillosa dulzura también a mí me llenaba de satisfacción.

La cámara gótica

Después de haber lavado largamente bajo la ducha el cuerpo mancillado de su amiga, Clara, ahora llena de consideración y delicadezas, la ayudó a salir del baño. La enjugó, friccionó y mimó.

Luego cepilló y peinó el estrecho triángulo del pubis. Lo perfumó con el vaporizador, así como también los senos, las axilas, la cara interna de las nalgas y su raya media.

Mientras los cabellos secaban rápidamente, gracias a un pequeño aparato eléctrico, Clara maquilló de rosa crudo, con sumo esmero, la boca y los pezones.

Parecía desbordante de ternura, no sabiendo qué inventar de mejor para acicalar a la muchacha, darle lustre, mirarla. No vacilaba en ponerse de rodillas ante ella, sobre la alfombra celeste de espuma de goma, ni tampoco besarla con cualquier pretexto en los sitios predilectos de su cuerpo.

A la vez que realizaba estas diversas tareas con gestos de madre, de ayuda de cámara o de niña que juega con su muñeca, comentaba para mí, en voz alta, las distintas operaciones que llevaba a cabo, llegando hasta preguntarme cuál perfume prefería que le pusiese, o qué tono de lápiz labial me gustaría más.

Cuando terminó, le puso las medias de revés bordado, el portaligas y el sostén blancos que yo había comprado el día anterior. Luego hizo girar ante sí su obra maestra, a fin de inspeccionarla una última vez, por último, la empujó hacia el diván:

—Ve a besar a tu señor, que te quiere mucho.

La muchacha se ubicó junto a mí, casi extendida, y me besó largamente, con toda la paciencia y la dulzura de que ya había dado pruebas. Yo había rodeado su talle con mi brazo, para tenerla más apretada contra mí.

Mi mano subió por el medio de la espalda, hasta la nuca, donde se detuvo, de modo de poder regular los contactos de nuestros labios, su presión, su duración, sin tener que mover mi propia cabeza. Imperceptiblemente, la muchacha empezó a mover las caderas, con una ondulación que se propagaba de un extremo al otro de su cuerpo, a lo largo del mío.

En ese momento, quise mirar a Clara. Aparté la rubia cabeza y apoyé la cara de la muchacha contra mi hombro.

Los ojos de Clara iban y venían de la grupa movediza a mi mano, que mantenía la nuca en su lugar, luego a mis ojos. Ahora la pequeña me besaba en la base del cuello.

Me di cuenta que su ama soportaba mal nuestro abrazo, que repentinamente la hacía sentirse una intrusa. Prolongué durante un rato más esa situación...

La prolongué, sin dejar de mirar a Clara, hasta que llegó al colmo de la exasperación. Estaba de pie cerca del diván, apenas a dos metros de nosotros, dudando entre separarnos o unirnos.

Cuando por fin me liberé de la muchacha, echándola atrás, Clara la hizo levantar y ocupó su lugar a mi lado:

—¡Vamos! Putita, ¿quieres excitarlo, eh? Pero Jean vino para presenciar tu suplicio. Después que hayas sufrido como te mereces, si te quedan ganas, podrás seguir besuqueándolo.

—Claro que sí —dije calmadamente—, ¿qué esperamos para empezar?

De acuerdo al rito, la víctima tuvo que prosternarse delante de sus verdugos, para oír en principio la lista de los tormentos que iba a sufrir:

Se le ataría contra una de las columnas de piedra, en la cámara de las ejecuciones. Recibiría los azotes en la parte delantera de los muslos y en el triángulo del vientre. Luego sería quemada, en los lugares más sensibles del cuerpo, con finas agujas enrojecidas al fuego. Para terminar, se le azotaría los senos hasta que sangraran.

Con una voz que se esforzaba por parecer natural, Clara me preguntó si yo había utilizado de esas agujas para torturar a una mujer.

—Ya verá —dijo—, es muy divertido. Casi no dejan rastros:

puesto que la punta de las agujas está esterilizada por la llama, los pinchazos no son peligrosos. Pero eso sí, duelen horriblemente — ¿no es verdad, pequeña?—* y se puede seguir haciéndolo en los mismos lugares sin insensibilizarlos, indefinidamente...

La cámara gótica era tal como se veía en las fotografías: la cama de hierro, el embaldosado como un tablero de damas, negro y blanco, y los dos pilares de piedra que sostenían la parte abovedada de un cieloraso muy alto, del lado que ocupaba la estrecha ventana haciendo esquina. Dos cortinados de terciopelo rojo la tapaban. Varios apliques murales y tres lámparas de pie alto e inclinación regulable, proyectaban una luz difusa e indirecta. El conjunto, austero e íntimo a la vez, daba una vaga impresión de capilla. Desde luego, esta curiosa habitación no era la menos sorprendente de este curioso apartamento.

Había también dos sillones de cuero, no muy separados uno del otro, en los que Clara y yo nos sentamos.

Clara tenía sed. Naturalmente, Ana fue la encargada de traernos algo fresco, siempre con la misma indumentaria; medias bordadas (sin zapatos), portaligas y sostén de nylon blanco, cuya galante forma dejaba al descubierto todo lo que se quisiera contemplar.

La muchacha nos presentó los vasos de rodillas, y permaneció en esa postura, esperando. Mientras tanto, nosotros bebíamos.

La actitud en la que se hallaba, impuesta por la circunstancia, era la misma que ya había tenido ocasión de apreciar: muslos separados, cuerpo bien derecho, brazos levantados, labios entreabiertos. Los grandes ojos verdes tenían un fulgor profundo, casi sobrenatural, que nos transportaba varios siglos atrás, a los éxtasis de los mártires cristianos.

Los tres sabíamos que los tormentos anunciados para esa noche no eran nada imaginarios. El mero pensamiento de que un instante después arrancarían a esta muchacha dócil y tierna el más voluptuoso espasmo de dolor, daba a su cuerpo, y de por sí, delicioso, un atractivo incomparable. Hice que se acercara, para pasar suavemente la yema de los dedos por las redondeces y los hoyuelos que nos disponíamos a martirizar sin reserva alguna, tanto como nos diera la gana.

Su sexo seguía húmedo, sin duda debido a los besos que nos dimos en el cuarto de baño; a menos que su posición humillante, el impudor que exigíamos de ella, o quizás la simple espera de la tortura, fuese suficiente, como lo pretendía Clara, para excitarla.

Tuve un repentino deseo de aumentar su excitación, mediante unos toques más precisos. Pero pensé que, en este momento sería mucho más placentero que ella misma lo hiciera.

—¿Qué le parece si primero le pedimos que se acaricie? —le pregunté a Clara.

Por supuesto, Clara estuvo de acuerdo. Pero antes quiso vendarle los ojos. Obedeciendo a una orden, la muchacha se levantó para ir a buscar la venda, así como también el látigo, a un rincón de la habitación donde ambos estaban guardados en un mueble bajo. Tras habérselos presentado a su ama, Ana volvió a su postura anterior.

Clara me mostró los objetos. El látigo no era el del otro día: en lugar de una trenza, sólo tenía una tralla simple, más flexible y también más cortante. Clara la probó de inmediato en los muslos de la muchacha, quien crispó los párpados echando la cabeza a un lado. Una delgada línea roja apareció a través de su carne lisa.

—Elegió bien, la muy zorra —dijo Clara—. Ella misma lo fue a comprar esta mañana.

Acto seguido, Clara le vendó los ojos con una cinta de terciopelo negro, lo cual completaba de manera encantadora su indumentaria.

Siempre arrodillada, iluminada desde arriba por uno de los focos, fue obligada a acariciarse: en principio la base de los senos y los pequeños pezones pintados de rosa, que el sostén dejaba al descubierto; luego el interior del sexo, bajo la arcada de encaje de nylon blanco. Para ello, debía usar las dos manos y abrirse bien, evitando en lo posible que sus dedos obstaculizaran nuestra visión.

Durante ese tiempo, nosotros terminamos tranquilamente nuestras naranjadas.

Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, Clara y yo volvimos la cabeza el uno hacia el otro, con un mismo movimiento. Yo pensaba en la última fotografía, esa que ofrecía un cuadro análogo y para la cual Ana no había servido de modelo.

Supé que Clara estaba pensando en lo mismo... y que pensaba que yo lo pensaba... Su cara estaba en la penumbra, pero creí

vislumbrar una turbación igual a la de aquella vez.

Ana no podía ver nada, a través de su espesa venda. Me levanté sin hacer ruido, me incliné sobre el sillón de mi vecina, cuyo rostro sorprendido se tendía hacia mí, y la besé, primero rozándole apenas los labios, después oprimiendo los míos sobre toda la boca, que empezaba a ablandarse...

—¡Déjeme! —exclamó de pronto, poniéndose derecha.

Como consecuencia de esta emoción, que no figuraba en su programa, se desquitó en la muchacha arrodillada. Cogió el látigo y empezó a zurrarle los muslos por delante, sin que la víctima tuviera el derecho de interrumpirla.

—¡Acaríciate, putita! —decía Clara sin dejar de azotarla.

Debido a la quemazón que le producían los latigazos, la muchacha dejaba de acariciarse. Clara golpeaba de nuevo: «¡Vamos, continúa!». Loca de terror, Ana recomenzaba precipitadamente. «¡Mejor, hazlo mejor!» gritaba Clara, y descargaba un seco latigazo sobre los muslos.

Impaciente, Clara terminó por tirarla al suelo y se puso a acariciarla ella misma, furiosamente.

La muchacha quedó tendida de espaldas, con las rodillas levantadas y los brazos yaciendo en el suelo, a cada lado de la cabeza. Clara apoyaba una rodilla en tierra e inclinaba el busto sobre su presa.

Muy pronto, Ana empezó a lanzar largos gemidos. Luego ya no se pudo dominar, gritando sin interrupción desde el fondo de la garganta, con la boca bien abierta y el rostro volcado.

—Mire qué bella es cuando goza, la zorra... —murmuró Clara.

Entonces vi a la muchacha agitarse cadenciosamente, echando a los lados la cabeza y crispando los dedos. Por último, con un solo movimiento se volvió de costado y quedó doblada en dos, inmóvil sobre el embaldosado negro y blanco...

Clara, parada junto a ella, la empujaba con la punta del pie como a una muerta.

Sin embargo, Clara no estaba satisfecha del todo. Necesitó arrancarle el sostén, luego el portaligas y las medias, dejándola tan sólo con la venda negra sobre los ojos.

A latigazos la hizo poner de rodillas ante mi sillón. Le dio la orden de recomenzar, añadiendo un refinamiento para la vergüenza y el placer:

—¡Ahora vas a darle a tu lindo culito, al mismo tiempo!

Obediente, una de las manos pasó por detrás. La muchacha debía tener muy sensible esa región, pues en seguida fue evidente que se excitaba a más y mejor.

Pero esta vez, en lugar de llevar a término su obra, Clara se apoderó de la muchacha y la arrastró hacia una de las columnas, donde la puso de espaldas contra la piedra. En un abrir y cerrar de ojos, Ana se halló atada, de pie, los brazos y las piernas separados en cruz, las manos y los pies hacia adelante.

Yo dirigí el foco en esa dirección y me acerqué. Las muñecas y los tobillos estaban sujetos a dos pares de anillos, diametralmente opuestos, mediante una de esas pulseras de cuero chato que se ven en muchas tiendas de frivolidades parisienses, y a las que están habituadas las jóvenes mimadas por sus maridos. Los anillos superiores estaban situados justo a la altura adecuada (un poco menos de dos metros) para estirar el cuerpo al máximo sin riesgo de dañarlo.

Clara había recommenzado sus salvajes caricias, penetrando a su víctima con tanto transporte que ya no se sabía si los gritos que le arrancaba eran de dolor o de gozo.

Pero la duda se desvaneció desde el momento en que Clara reanudó la flagelación, sobre los muslos ampliamente abiertos y el bajovientre. La violencia acrecentada de esos latigazos calculados, su precisión y su repetición, hacían retorcerse a la muchacha en todos los sentidos a pesar de lo tirante que estaban las cuerdas. Su cuerpo aparecía tan hermoso, que mi embeleso aumentaba a medida que el sacrificio se consolidaba.

Cansada de azotar, Clara se dio un momento de tregua, aprovechando para colocar la mordaza que debía impedir que los aullidos de la prisionera alarmaran a todo el vecindario.

Luego puso al alcance de su mano una pequeña lámpara de alcohol, con un pie de hierro que servía de empuñadura. Una vez alumbrado el mechero, expuso los instrumentos a la llama, gracias a varios soportes preparados para tal fin.

Así pude apreciar las largas agujas metálicas de punta muy

aguda; un delgado manguito permitía sostenerlas sin correr el riesgo de quemarse uno mismo. Cuando el acero estuvo al rojo, Clara dio comienzo a la tortura: primero un seno, luego el otro; después pasó al interior de los muslos, bien arriba, allí donde no había llegado el látigo.

Lo hacía despacio y dosificando amorosamente el suplicio: en principio un toque leve en la superficie de la piel, luego insistiendo de manera progresiva y terminando por hundir un milímetro la aguda punta en la tierna carne.

Las contorsiones desesperadas de la muchacha la molestaban un poco en su trabajo. Pero los estertores de dolor que nos llegaban a pesar de la mordaza, la recompensaban de todas sus dificultades.

Ahora las lágrimas de la víctima corrían abundantemente a lo largo de las aletas de la nariz, bajo la venda negra. Su respiración se hacía cada vez más jadeante. Cuando Clara volvió a castigarle el pecho, encarnizándose con el arco de la axila, y alrededor de los pezones, creí que la muchacha iba a quebrarse los miembros, a fuerza de tirar de los anillos que la mantenían casi en la posición de un crucificado.

Entonces tomé el látigo y aparté a Clara, con el propósito de administrar en forma personal la última flagelación prometida: azotarle los senos. Contemplé a la muchacha enteramente a mi merced, que no podía otra cosa que debatirse y esperar en vano mi gracia.

Y la azoté con todas mis fuerzas... y con placer.

Sólo me detuve cuando la frágil piel se abrió en un fino tajo sangriento.

—Desátela —le pedí a Clara—. Sáquele las pulseras... la mordaza... la venda... Acuéstela en la cama.

Clara me miró: luego empezó a deshacer las ataduras con suma dulzura y sin pronunciar palabra. Antes de entregarme a su amiga, la apretó contra su pecho y la besó largamente, en la boca y los párpados. Por último, la depositó en el altar.

La pequeña Ana ya no se movía. Yacía sobre el costado derecho, de cara a la pared, con las piernas semiflexionadas. Durante el sacrificio, sus hombros y sus nalgas se habían magullado contra la

piedra de la columna. Me acosté a su lado. La abracé por detrás, mi cuerpo pegado al suyo...

Y teniéndola así, medio muerta, sin compadecerme de sus sufrimientos, la violé, poseyéndola por el orificio más estrecho.

Todo vuelve al orden

Esa noche tuve un sueño. Yo entraba de nuevo en la cámara gótica, ahora más basta, más alta, semejante a una iglesia de mi infancia.

Hay dos columnas, a cada una de las cuales están amarradas dos mujeres desnudas, una de frente, la otra de espaldas. Me acerco. Advierto que ambas están muertas, pero todavía calientes. Varios estiletes triangulares se hallaban clavados en los sitios predilectos de sus cuerpos.

Un poco de sangre marca cada herida. Apenas empieza a coagularse, como lo compruebo tocándola con la punta del dedo.

Lamo la punta de mi dedo. La sangre tiene un gusto agradable y azucarado; recordaba un jarabe de fruta.

En ese momento, descubro que delante de la ventana ojival, que por detrás configura un luminoso vitral, hay otra mujer. Envuelta en amplias telas de suntuosos pliegues, se parece a una madonna del Renacimiento. Está sentada en un trono, con el brazo extendido en un gesto de majestuoso recibimiento. Tiene el rostro de Clara. Me sonrío dulcemente, pero con una sonrisa lejana, indefinible.

A medida que camino hacia ella, tengo la impresión de que no cesa de alejarse.

Me desperté, burlándome de ese sueño aparentemente alegórico, pero carente de significación. Sin embargo, pensé que me anunciaba una visita de Clara, quien la noche anterior no me había dicho ni una sola palabra al respecto.

Un rato después, cuando oí llamar a la puerta, supe de inmediato que era ella. Me puse rápidamente una bata, sobre el

pijama que me había vuelto a poner después de lavarme y peinarme, y fui a abrir.

Clara estaba pálida, con el semblante un tanto demudado. Tenía la belleza de un animal que ha caído en la trampa.

—Buenos días —le dije—. ¿Cómo sigue su amiga?

Esta vez no me preguntó de qué amiga se trataba.

Ana estaba bien. Aún dormía, fatigada por la noche pasada. Clara la había cuidado como una madre y en pocos días se borrarían las huellas del suplicio. Aunque tal vez le quedara una pequeña línea brillante en el seno, allí donde la piel se había abierto.

—¡Qué lástima...!

—Pero no —dijo Clara—, le quedará muy lindo.

Hablaba con dulzura, con un aire desamparado, sin atreverse a mirarme de frente. Nos hallábamos en el vestíbulo y yo no estaba muy seguro de sus propósitos.

—¿Y usted cómo está? —pregunté.

Entonces me miró con sus ojos agrandados, abandonándomelos; luego bajó los párpados y me dijo, en voz baja:

—He venido.

—Bueno —dije—, sígame.

Una vez en el dormitorio, me senté en el sillón y la miré, de pie junto a la cama, con su falda tableada y su blusa blanca.

Entonces le di la orden:

—¡Desvístete!

Ella no vaciló más que un segundo. Se puso de rodillas ante mí, sobre la alfombra de piel de oveja, y comenzó a quitarse las ropas, una a una, siguiendo el rito. Las prendas interiores eran iguales a las de su modelo. Y tampoco ella llevaba bragas.

Cuando estuvo completamente desnuda, separó las rodillas y levantó las manos por encima de la cabeza.

La dejé varios minutos en esa postura.

—¡Mírame!

De nuevo me abandonó sus ojos.

—¿Te gusta estar de rodillas?

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y murmuró: «Soy suya...

Puede hacer de mí lo que quiera...».

—Está bien —respondí—. Acuéstate en la cama.

Ella se acostó de espaldas, a través de las sábanas deshechas.

—¡Separa las piernas!... ¡Las manos en la espalda!... ¡La boca abierta!...

Lo hizo sin decir palabra.

Me levanté, me quité la bata y me acosté a medias sobre su cuerpo. Puse una de mis manos bajo su nuca para mantenerla.

—¿Nunca te han golpeado?

Movió negativamente la cabeza, mientras sus ojos se llenaban de angustia.

—Y bien, entonces seré yo el primero.

La abofeteé una, dos veces, a derecha y a izquierda. Luego la contemplé largamente y le dije que era muy hermosa.

Mi mano se deslizó hacia su vientre. Era flagrante su excitación.

La besé; acariciándola.

Después me reincorporé apoyándome en el codo y le di cinco o seis bofetadas mucho más fuertes.

—Dime: Le amo —ordené.

Ella repitió: «Le amo», añadiendo que era mi esclava y que si me gustaba podía golpearla hasta la muerte.

Le acaricié los senos, luego el sexo, más despaciosamente, con mayor precisión. Después la obligué a que me lamiera los dedos.

Acerqué otra vez mi boca a la suya y le dije que me besara. Puso en ello toda la aplicación, la pericia y la complacencia deseables. Yo no le devolvía sus besos; me dejaba hacer...

Su boca estaba húmeda y dulce, tibia, consagrada a mi placer... La mordí hasta sacarle sangre, de una sola vez. Dolorida y sorprendida, Clara no pudo retener un movimiento instintivo, para apartar la cabeza. Pero en seguida se sintió en falta y volvió la cara hacia mí.

Le di una bofetada para castigarla, y le ordené que me pidiera perdón.

Dijo: «Le pido perdón» y yo tomé de nuevo entre mis dientes su boca dócil, alternando besos y mordiscos, hasta que dos lágrimas aparecieron en sus ojos.

Entonces mi mano volvió a hundirse entre sus muslos. Clara se abrió un poco más, por sí sola.

Cuando la poseí, empezó a gemir, llamándome por mi nombre y repitiéndome que me amaba...